

Ahora y siempre

Maureen Child

Ahora y Siempre
Maureen Child

3º Secretos de Verano

Ahora y Siempre (2007)
Título Original: Satisfying Lonergan's honor (2006)
Serie: 03 Secretos de Verano
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1527
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jake Lonergan y Donna Barrett

Argumento

Tenía intención de reclamar lo que era suyo…

No se habían vuelto a rozar desde aquella noche de hacía quince años, pero Donna Barrett aún reconocía el deseo en los ojos de Jake Lonergan. El deseo y la culpa. Tenía remordimientos por haber tratado de hacerla suya mientras ella era la novia de su primo. Aquél había sido su secreto… hasta que ella se había marchado de la ciudad con un secreto aún mayor.

Ahora Jake pretendía darle al hijo de Donna el apellido que merecía por derecho, el honor le obligaba a hacerlo. Pero era la pasión la que lo impulsaba a luchar por la mujer con la que sólo había estado una vez…

Capítulo 1

Jake Lonergan no estaba acostumbrado a tener tanta gente alrededor. Durante quince años había sido un solitario, yendo de un sitio a otro, de una carrera de motociclismo a otra. Él no hacía amigos y no se mantenía en contacto con su familia.

Así la vida era más sencilla.

Y probablemente habría seguido así durante los próximos quince años si no se hubiera enterado de que su abuelo, Jeremiah Lonergan, estaba muriéndose. El anciano al que Jake tanto quería sólo había pedido una cosa: que sus tres nietos fueran a pasar un último verano al rancho.

Jake estaba en España cuando se enteró y había tardado tanto en ir a Coleville, California, que temió llegar cuando su abuelo estuviera muerto y enterrado. Temió perder la oportunidad de darle su último adiós.

Pero cuando llegó a Coleville descubrió que su abuelo no estaba muriéndose en absoluto. El viejo y sus primos, Sam y Cooper, lo habían engañado para que volviese al rancho que todos llevaban quince años evitando.

Jake terminó de repasar el motor de su motocicleta y estiró los brazos, mirando hacia la casa. Desde el antiguo establo podía oír el murmullo de risas y conversaciones...

Jake siguió mirando hacia allí, sintiéndose como un extraño. Era culpa suya, claro.

—No, no es culpa mía —murmuró, enfadado consigo mismo—. Es una *decisión*.

Estaba allí, ¿no? Había vuelto a aquel sitio que seguía apareciendo en sus sueños y había dado su palabra de quedarse todo el verano. Pero necesitaba tiempo. Y espacio. Necesitaba espacio. Para pensar, para decidir qué iba a hacer.

Sí, había salido de la casa, dándole la espalda a su familia, para trabajar un rato en su motocicleta, construida específicamente para él. Eso lo tranquilizaba, hacer pequeños ajustes, comprobar que todo estaba en perfecto orden... Siempre lo había tranquilizado. Podía olvidarse de todo mientras trabajaba en el motor de su moto; el resto del mundo desaparecía por completo.

Jake dejó la llave inglesa en la caja de herramientas y luego la

guardó bajo el asiento. Era un alivio que su abuelo estuviera bien de salud. Y se había alegrado de volver a ver a Sam y Cooper. Pero estar de vuelta en Coleville era más duro de lo que había pensado.

Y había sido más duro aún media hora antes, cuando Jeremiah hizo el gran anuncio. Recordar sus palabras aún le helaba la sangre, en las venas. Ese anuncio lo había llenado de remordimientos y de rabia. Sentimientos con los que ya estaba familiarizado.

Jake miró alrededor por última vez y empezó a moverse. Tenía que moverse. No podía permanecer quieto mientras su cerebro daba vueltas y vueltas. No podía concentrarse mientras los recuerdos lo llenaban todo, haciendo que le resultase difícil hasta respirar.

Sacudiendo la cabeza, Jake salió del establo, giró a la derecha y siguió caminando durante unos segundos. Luego se detuvo de golpe, como si no supiera dónde ir. La luz de la luna iluminaba el pequeño jardín y los acres de terreno que se extendían a un lado y otro de la casa.

No dejaba de recordar, una y otra vez, el anuncio que había hecho su abuelo:

—Donna Barrett ha vuelto al pueblo... y ha traído al hijo de Mac con ella.

Jake se dirigió a la cerca que separaba la casa de los pastos y la sujetó con ambas manos, como si necesitara tocar algo sólido para mantener el equilibrio.

—El hijo de Mac —murmuró, mirando las estrellas. La madera se clavaba en sus manos, pero agradecía esa sensación.

A su alrededor no había más que pastos, solitarios y silenciosos en aquel momento. A un kilómetro de allí podía ver el reflejo de algunas luces, los pocos vecinos de Jeremiah. Y en la distancia, oyó el ladrido de un perro.

Jake respiró profundamente para llevar el aire limpio de la noche a sus pulmones. Con el corazón acelerado, tragó saliva mientras miraba el rancho Lonergan. Conocía bien cada centímetro de aquel rancho. Había pasado todos los veranos de su niñez allí, correteando de un lado a otro con sus primos. Los cuatro chicos Lonergan metiéndose en líos, recordó. Hasta aquel último verano...

No podía creerlo. Quince años llevaba fuera de Coleville, California. Quince años alejado de aquel sitio, de sus primos, del abuelo al que tanto quería. Porque no había sido capaz de lidiar con

el recuerdo de aquel último verano. Y descubrir que había algo más, algo que desconocía hasta aquel momento, era demasiado.

Lo quisiera o no, los recuerdos llegaron como un torrente, llenando su cabeza, sus sentidos, abrumándolo antes de que pudiese detenerlos. Jake miró la oscuridad que lo rodeaba pero lo que veía, en cambio, era el pasado.

* * *

Los días eran largos y el sol caía a plomo desde un cielo sin nubes. Los veranos duraban para siempre y durante esos meses no tenían más que una sola preocupación: quién ganaría el reto en el lago cada día.

Y a Jake ni siguiera le preocupaba eso. El siempre ganaba. Le gustaba ganar, se le daba bien.

Aquella última mañana, estaban subidos al risco sobre el lago. La competición era muy sencilla, tirarse para ver quién llegaba más lejos y quedarse bajo el agua el mayor tiempo posible.

Hacían turnos, los cuatro chicos Lonergan, para tirarse al lago desde aquel risco. El concurso no era sólo para ver quién llegaba más lejos, sino para ver quién permanecía más tiempo bajo el agua, sin respirar

Jake, con el agua resbalando por su pelo largo y rodando por su torso, guiñó los ojos para ver mejor, buscando burbujas en la superficie del lago. Enfadado, soltó una palabrota mientras esperaba que Mac terminase su turno. Había saltado tan lejos como él, de modo que ahora sólo tenía que aguantar bajo el agua unos segundos más.

Pero no lo haría. Ninguno de sus primos podía contener la respiración tanto tiempo como él.

Sam parecía preocupado. No dejaba de decir que debían tirarse por si le había pasado algo porque nunca había estado bajo el agua tanto rato.

—Espera unos segundos más —lo animó Cooper—. Quiere ganarle a Jake y yo también quiero que gane. No pasa nada, no te pongas histérico.

Jake se enfadó y empezó a soltar una ristra de palabrotas. No podía creer que Mac pudiese ganarle. Imposible.

—Vamos a darle treinta segundos más —aceptó Sam—. Si sigue así, esta vez te va a ganar

Jake apretó la cerca con tanta fuerza que se clavó una astilla en la palma. El dolor hizo que volviese al presente. Mejor. No era un día

que le gustase recordar.

Aunque, desgraciadamente, lo veía a menudo en sus sueños.

Había tantas emociones en su interior que ni siquiera podía identificarlas todas, pero sabía que lo estaban estrangulando. Se volvió entonces para ver las luces de la casa. Por la ventana de la cocina podía ver a su familia. Debería haberse quedado con ellos para hablar de la noticia del abuelo. Pero, ¿qué podía decir?

Todos sabían lo que debían hacer. No había nada que hablar. Nada que decidir.

Mac tenía un hijo.

Fin de la historia.

Mientras pensaba en ello, la puerta se abrió y sus primos Sam y Cooper salieron al porche. Sólo tardaron un segundo en verlo y dirigirse hacia él.

Jake soltó la cerca y se volvió para apoyarse en ella. El corte de la astilla le escocía un poco, pero se cruzó de brazos mientras esperaba. Un soplo de viento levantó una nubecita de polvo a sus pies, moviéndolo alrededor, como jugando.

La nueva golden retriever de su abuelo, Sheba, se coló por la puerta entreabierta y bajó los escalones alegremente, corriendo tras Sam y Cooper. Cuando Sam se inclinó para acariciarla, la cachorrilla empezó a mover la cola, y con ella todo el cuerpo, hasta que su primo la levantó y se la colocó bajo el brazo.

Cuando se acercaban, Jake observó sus caras, el parecido entre los tres. Su abuela, la difunta esposa de Jeremiah, solía decir que tenían el corte de cara de los Lonergan y las mismas facciones. Y era cierto: pelo oscuro, ojos oscuros, mandíbulas cuadradas... y una cabeza muy dura.

Cómo los había echado de menos.

Sus primos eran como hermanos para él. Y los quince años que habían pasado desde la última vez que vio a Sam y a Cooper habían sido los más solitarios de su vida. Pero no estaba de humor para charlar. Ni siquiera con ellos.

—He salido para estar solo un rato —les dijo. Aunque sabía que no valdría de nada. Sus primos harían lo que quisieran, como siempre.

—Sí, ya —murmuró Sam, apartando la cara para evitar los besos de la cachorrilla—. Pues no estás solo, así que vete acostumbrando.

Jake estaba seguro de que no podría.

Solo estaba mejor.

Era más fácil.

—Tenemos que pensar qué vamos a hacer —dijo Cooper.

No le sorprendía nada que dijera eso. Cooper siempre había sido el estratega del grupo. Probablemente hacía un plan detallado antes de ponerse a escribir esas novelas de terror por las que se había hecho tan famoso. Las novelas de Coop llevaban años en la lista de bestsellers y eran, seguramente, responsables de las pesadillas de todos los norteamericanos.

—¿Qué tenemos que pensar? –preguntó Jake, apartándose de la cerca para colocarse frente a sus primos con las piernas separadas, como preparado para la lucha—. Mac tenía un hijo. El crío es un Lonergan, es uno de nosotros.

—Tranquilo, hombre —sonrió Sam, dejando a la perrita en el suelo —. Lo único que digo es que no deberíamos ir corriendo para darle la bienvenida a la familia.

—¿Y por qué no? Se lo debemos a Mac.

—Oye, Jake, tú no eres el único que se siente mal, ¿sabes? Pero no vamos a obligar a Donna a que nos entregue al niño.

—¿Quién ha dicho nada de obligar? —protestó Jake—. Yo sólo digo que deberíamos ir a ver al chico para hablarle de Mac. Decirle lo que significó para nosotros. ¿Qué hay de malo en eso?

—A lo mejor el chico ni siquiera sabe que es un Lonergan —replicó Cooper—. No sabemos lo que Donna le ha contado o lo que no quiere que sepa.

Jake miró a sus primos, atónito, conteniendo el aliento como si estuviera a punto de tirarse a las aguas frías del lago. Donna tenía que haberle dicho al chico quién era su padre. ¿O no? Entonces se pasó una mano por la cara.

—Muy bien. Iré a ver a Donna.

—Querrás decir que «iremos» a ver a Donna —le corrigió Sam antes de silbar a la perrilla, que iba corriendo hacia el establo.

—Quiero decir «yo». Solo —insistió Jake, mirando de un primo a otro—. Yo hablaré con ella.

—¿Y quién te ha elegido a ti como portavoz de la familia? —preguntó Cooper.

Buena pregunta. Pero Jake no tenía respuesta.

—Sam y tú tenéis otras cosas que hacer. Él tiene su nueva consulta

en el pueblo y tú seguramente estarás escribiendo algún libro...

—¿Y qué?

—Además, tenéis que ocuparos de Maggie y Kara... y yo no —insistió Jake—. Yo iré a ver a Donna... y al chico. Luego decidiremos entre los tres lo que debemos hacer.

Sheba se acercó corriendo, ladrando con todas sus fuerzas para que la atendiesen y Jake se alegró de la distracción. Sus dos primos lo miraban como esperando que cambiase de opinión, pero después asintieron con la cabeza.

—Muy bien —dijo Sam—. Pero no hables con el chico sin contar con nosotros. Estamos los tres en esto, juntos.

«Juntos» era una palabra que Jake no había usado en quince años. Un hombre solo hacía lo que quería, cuando quería y no tenía que preocuparse por nadie más. Pero ahora que estaba de vuelta en Coleville todo era diferente.

Al menos, de momento.

—¿Cómo que tienes una cita? —Donna Barrett miró a su madre como si no la hubiera visto nunca.

¿Su madre saliendo con un hombre?

—Piénsalo un momento, hija —suspiró Catherine, mirándose al espejo para ver si la falda negra le quedaba bien—. Cuántas cosas puede significar eso?

Donna se dejó caer sobre la cama. La colcha hecha a mano era suave y fresquita. Incluso en una casa con aire acondicionado en Coleville, California, hacía tanto calor que era necesario llevar la menor cantidad posible de ropa.

Sacudiendo la cabeza, observó a su madre arreglarse como una adolescente para el baile de fin de curso. Inclinada frente al espejo, Catherine estaba pintándose los labios.

—Tu padre murió hace dos años, cariño.

Donna suspiró. Cierto. Jeff Barrett, un hombre sano y robusto de cincuenta y cinco años, había muerto de un ataque al corazón dos años antes. Donna seguía viviendo en Colorado entonces. Su madre había insistido en que estaba bien y que ella debía seguir adelante con su vida.

Y lo hizo. Al menos, lo intentó, llamándola por teléfono todos los días y yendo a visitarla siempre que le era posible. Hasta que por fin,

un par de meses antes, había decidido volver a casa. Y aunque Catherine no lo admitiría nunca, se había alegrado mucho.

"Tenía que volver a casa por muchas razones. Pero eso no hacía que fuera más fácil. Especialmente ahora que dos de los chicos Lonergan estaban de vuelta en el pueblo. Se había encontrado con Cooper en la droguería. Y siendo Sam el nuevo médico, se encontrarían tarde o temprano.

Y Sam vería a Eric.

Al pensar en su hijo, Donna se mordió los labios frenéticamente. No había vuelta atrás. Estaba en casa para quedarse. Era lo mejor para su madre, lo mejor para ella, lo mejor para Eric. Lo difícil era asentarse, encontrar su sitio.

Había estado sola con su hijo durante mucho tiempo y ahora todo iba a cambiar.

Se sentía como si estuviera en una noria estropeada, dando vueltas continuamente, primero arriba, luego abajo, luego arriba otra vez. Se le encogía el estómago al pensar en ello.

Pero su madre estaba observándola con cara de preocupación, de modo que apartó esos pensamientos e intentó sonreír.

—Resulta difícil creer que ya han pasado dos años.

—Pero no estabas pensando sólo en tu padre.

—Sí, bueno... estaba pensando en papá, en Mac, en Eric... en todo, supongo. Es que no me gustan mucho los cambios.

—Lo sé —suspiró Catherine, mirando una fotografía de su marido que había sobre la mesilla—. Yo tardé un siglo en entender que tu padre se había ido para siempre. A veces sigo esperando que me llame desde el salón...

«Genial. Bien hecho, Donna. Deprime a tu madre justo cuando está a punto de salir con otro hombre por primera vez».

—Si estuviera aquí, él sería el primero en decirte que estás muy guapa.

Catherine sonrió. «Misión cumplida».

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con ese hombre? ¿Y qué sabemos de él?

—Muy graciosa —murmuró su madre.

—¿Por qué?

—Porque sé todo lo que tengo que saber. Empecé a salir con Michael hace seis meses.

—Hace seis meses? —repitió Donna—. ¿Y yo acabo de enterarme?

—Es que pensé, tonta de mí, que podrías no tomártelo demasiado bien —replicó Catherine, irónica.

Fuera, el perro del vecino empezó a ladrar cuando saltaron los aspersores para regar el jardín. Un soplo de aire fresco les llegó desde la rejilla del aire acondicionado, pero pasaban los segundos mientras Donna intentaba hacerse a la idea.

Su madre hacía más vida social que ella.

—No, es que me sorprende... nada más. Pero ¿quién es ese Michael y por qué yo no lo conozco? Llevo en casa dos meses, mamá.

Catherine rió y sus ojos azules, tan parecidos a los de su hija, empezaron a brillar.

—No nos hemos visto mucho desde que volviste a casa. Quería que antes te asentaras... Además, sí lo conoces. Es Michael Cochran, cariño.

—¿El señor Cochran? —Donna se levantó de un salto—. ¿Mi profesor de Biología?

Su madre tomó el bolso y guardó el monedero y la barra de labios antes de decir:

—Ya no es tu profesor, cariño.

—Sí, pero...

—Donna... —el tono de su madre había cambiado ligeramente—. Estoy encantada de que hayas vuelto a casa, de verdad. Pero Michael dejó de ser tu profesor hace quince años.

—Sí, es verdad —asintió ella, volviendo a dejarse caer sobre la cama—. Pero es que es... tan raro.

—¿Qué es raro?

—Pensar que sales con alguien que no es papá.

Catherine sonrió, mientras se sentaba al lado de su hija.

—Al principio tampoco fue fácil para mí. Pero nos guste o no, la vida sigue. Y estoy cansada de estar sola. Lo entiendes, ¿verdad?

¿Que si entendía lo que era estar sola? Oh, sí, desde luego. Donna sabía muy bien lo que era estar sola.

Y asustada.

Y continuamente preocupada.

—Sí, claro que sí. Es la sorpresa... nada más.

Catherine la abrazó, pero se levantó cuando sonó el timbre.

—Debe ser Michael.

—Que lo pases bien —dijo Donna, con una sonrisa forzada. No era fácil aceptar que su madre salía con un hombre. Especialmente porque ese hombre había sido profesor suyo.

—¿Seguro que lo entiendes?

—Sí, mamá. Claro que lo entiendo. Eric y yo pediremos una pizza o algo. Vete, pásalo bien.

—Nos vemos después —se despidió Catherine, saliendo de la habitación.

—Pues vaya... —Donna se quedó sentada en la cama durante un minuto, mirándose al espejo.

Las cosas cambiaban, eso lo sabía bien. Pero, ¿todo tenía que cambiar a la vez?

Cuando sonó el teléfono, saltó de la cama y corrió al pasillo. Probablemente sería Eric para preguntar si podía quedarse un rato más en el mini—golf.

—Hola, Eric —dijo, con una sonrisa en los labios.

—Te equivocas de Lonergan, Donna —replicó una voz masculina al otro lado del hilo—. Soy Jake.

Capítulo 2

—¿Donna? ¿Sigues ahí?

El silencio se alargaba durante lo que le pareció una eternidad. Desde el salón le llegaban risas y fragmentos de conversación. Allí en la cocina, solo, Jake miraba por la ventana intentando imaginar la cara de Donna Barrett.

Entonces recordó la última vez que la vio, quince años antes... en el cementerio, caminando entre las tumbas. Iba despacio, con paso inseguro y la cabeza baja, el pelo rubio cayendo a cada lado de su cara como una suave cortina que la separaba del mundo. Pero se detuvo a su lado antes de subir al coche de sus padres y levantó la mirada.

Jake experimentó de nuevo la sensación de amargura, de desesperación, que había sentido al ver sus ojos azules enrojecidos de tanto llorar, las lágrimas aún rodando por sus mejillas. Donna apretó los labios y no dijo nada. Sencillamente lo miró un momento antes de darse la vuelta. Y Jake se quedó donde estaba, viéndola desaparecer de su vida.

Dos semanas después se había ido de Coleville sin decirle a nadie dónde iba.

—Qué quieres, Jake? —preguntó ella por fin.

Jeremiah nos lo ha contado. Lo del hijo de Mac.

Jake la oyó respirar con fuerza.

—Mi hijo.

—Sí, claro, ya sé que es tu hijo —replicó Jake, con más sequedad de la que pretendía. Enfadado consigo mismo, apoyó una mano en la pared... y se le escapó un gesto de dolor cuando la astilla que tenía clavada en la palma se hundió un poco más. Luego se acercó a la ventana para mirar el cielo oscuro. Una estrella fugaz cruzaba en ese momento, dejando tras de sí una estela de fuego—. Sólo quería decirte que sabemos lo del chico y querríamos...

—Me da igual lo que queráis —lo interrumpió ella.

—Ah, me alegra saber que vamos a ser razonables.

—Yo soy muy razonable. No soy yo quien te ha llamado —le recordó Donna.

—No, desde luego que no —la acusó Jake—. Ni entonces ni ahora.

Ella dejó escapar un suspiro de impaciencia.

—Mira, sé que probablemente lo hacéis con buena intención...

—¿Probablemente? —Jake apartó el teléfono para mirarlo, incrédulo. ¿Probablemente lo hacemos con buena intención?

—Sí, bueno, sé que lo hacéis con buena intención. Pero no necesito nada de vosotros. *Mi hijo* no necesita nada de vosotros.

—No tienes que enfadarte. Yo sólo...

—¿Qué? ¿Sólo qué?

—¿Por qué te pones así de borde?

—¿Perdona?

—Lo siento, no quería decir...

—Sí querías decirlo. Y déjame en paz, Jake Lonergan. No tengo por qué darte explicaciones.

Jake sacudió el cabeza, irritado. Evidentemente, debería haberlo hecho de otra manera. Debería haber recordado que Donna era muy obstinada. Y debería haberse mostrado más amistoso, más tranquilo. Debería haber intentado hablar con ella sin empezar la III Guerra Mundial.

—Me lo estás poniendo más difícil de lo que esperaba —suspiró.

—¿Qué es lo que estoy poniendo difícil? Que haya vuelto a casa no significa que quiera compartir a mi hijo con los Lonergan.

—Pues es una pena —replicó Jake, agitado. Sólo oír su voz después de tantos años era suficiente para olvidar cualquier posibilidad de calma.

Apartándose de la ventana, se apoyó en la pared y consiguió, haciendo un gran esfuerzo, que la voz le saliera un poco menos tensa:

—El chico es un Lonergan y tiene que saberlo.

—*El chico* —repitió Donna— se llama Eric. Y sabe quién es su padre. Le he hablado de Mac.

—Ah, ya.

La puerta de la cocina se abrió en ese momento. Era Sam y Jake le hizo un gesto para que lo dejara solo. Pero Sam se plantó delante de él con los brazos cruzados.

—Donna, sólo queremos hablar con él.

Donna se quedó callada un momento. Un momento tan largo que Jake estaba seguro de que había dejado el teléfono y se había ido a dar una vuelta.

—¿Sigues ahí?

—Me lo pensaré —contestó ella, antes de cortar la comunicación.

Jake apretó los dientes y, despacio, se volvió para colgar el teléfono.

—Veo que todo ha ido muy bien —dijo Sam, irónico.

—No te metas en esto.

—Sí, porque como tú lo estás haciendo tan bien...

La mirada de Jake debería haberlo hecho caer fulminado, pero Sam no se movió.

—No me mires así, tío. Te conozco hace mucho tiempo.

Él dejó escapar un suspiro de frustración.

—No ha querido hablar conmigo.

—No me sorprende —dijo su primo, abriendo la nevera.

—¿Por qué no quiere hablar conmigo? No lo entiendo.

—No es sólo contigo, es que no quiere hablar con ninguno de nosotros. Lleva quince años escondiendo al hijo de Mac. ¿Te sorprende que quiera seguir haciéndolo?

—No, supongo que no —tuvo que admitir Jake—. Pero tiene que saber que no vamos a quedarnos de brazos cruzados ahora que nos hemos enterado.

—Lo sabe, pero no le hace ninguna gracia —suspiró Sam, sacando dos cervezas de la nevera—. Tendremos que ser pacientes. Y un poco más finos.

—Yo puedo ser muy fino.

—Sí, ya lo he visto.

Jake metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Yo me encargo de esto, no te preocupes.

—Muy bien. Esperaremos a que metas la pata y luego intervendremos nosotros.

—Gracias por la confianza.

—No te ofendas, pero tú nunca has sido un hombre paciente.

No tenía sentido discutir eso, de modo que Jake no dijo nada mientras Sam salía de la cocina. No, él no era una persona paciente, pero ese defecto le había sido muy útil en el circuito de competición. Era el primero, el que siempre llegaba al límite, el que se exigía más a sí mismo y a sus motos de gran cilindrada. Pero Sam tenía razón. La impaciencia no iba a funcionar con Donna.

Ojalá supiera qué podría funcionar con ella.

—¿Te has enterado? Jake Lonergan ha vuelto al pueblo.

El corazón de Donna dio un vuelco al oír ese nombre, pero intentó disimular delante de Margie Fontenot. La anciana llevaba toda la vida en Coleville y lo sabía todo sobre todo el mundo. No pasaba nada en Coleville de lo que Margie no se enterase.

—Sí, me he enterado.

—No me sorprende nada —sonrió Margie, dándole la carátula de un DVD, su musical favorito—. La gente no habla de otra cosa. Imagínate... los Lonergan de vuelta en casa. Jake ha sido el último en llegar. Lo vi hace un par de días en la calle Mayor, más alto que una torre. Iba en una moto que podría haber despertado a los muertos.

—Sí, debe ser Jake —murmuró Donna, aunque tenía un nudo en la garganta. No entendía por qué no lo había visto ella. O por qué le molestaba no haberlo visto.

—Son dos dólares por tres días de alquiler, Margie —dijo después, guardando el DVD en una bolsa.

—Me parece muy bien —sonrió la mujer, hurgando en un bolso tan grande como una maleta. Por fin, sacó un monederito de flores y de él un montón de monedas—. ¿Sabes una cosa? Los Lonergan siempre fueron una pandilla de salvajes. Yo solía decirle a Jeremiah que debía controlarlos un poco más, pero nunca quiso hacerlo. Le encantaba verlos juntos a los cuatro.

Los cuatro.

Años atrás habían sido cuatro Lonergan, recordó Donna, mientras Margie seguía parloteando. Sam, Cooper, Mac y Jake. Quince años atrás también ella había formado parte de ese grupo. Sobre todo por Mac. Tuvo que sonreír al recordar los preciosos ojos de aquel chico de dieciséis años.

—Claro que después de la tragedia ya nada volvió a ser lo mismo —estaba diciendo Margie—. Pero eso tú lo sabes mejor que nadie.

—Sí, supongo que sí —asintió Donna, sin decir nada más. La anciana había entrado en el videoclub sólo para ver si podía descubrir algo más que pudiese ir contando por ahí.

Las viejas del pueblo seguramente se estaban muriendo por saber qué iba a pasar ahora que había vuelto a Coleville con el niño. Con sólo mirar a Eric estaba claro quién era su padre porque era la viva imagen de Mac a esa edad. No había ninguna duda.

Tenía los ojos y el pelo oscuro de los Lonergan y la misma sonrisa de Mac. Había heredado los genes de la familia, caminaba como Jake,

tenía la imaginación de Cooper y era tan listo como Sam.

Pero su hijo había heredado el corazón de su madre.

Y Donna haría lo que tuviese que hacer para protegerlo.

—Cariño, tú no te preocupes por nada —estaba diciendo Margie Fontenot.

—No estoy preocupada.

—Mejor. No hay necesidad de preocuparse. Ya es hora de que tu hijo conozca a su familia.

Donna respiró profundamente, intentando convencerse de que la anciana lo hacía con buena intención.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

—Siempre fuiste una buena chica, Donna.

Tomando su bolso—maleta, Margie guardó la bolsa con el DVD y salió del videoclub. Donna, intentando calmarse, empezó a colocar las películas, siempre desordenadas.

Sacudiendo la cabeza, intentaba no pensar en lo que Margie había dicho. O en la llamada de Jake la noche anterior. Sería mejor concentrarse en llevar la tienda que habían abierto sus padres años atrás. Mejor pensar que no había vuelto a Coleville sólo porque su madre estaba sola, sino porque Eric empezaba a hacerse mayor y necesitaba un hombre en su vida. Necesitaba... algo más de lo que ella podía darle.

Cómo le dolía admitir eso.

Tras ella, la campanita que había colocado su padre años atrás anunció la entrada de un cliente.

—¡Hola, mamá! —gritó Eric, tomando un caramelo de la bandeja.

—Oye, ¿has comido?

—Sí —contestó el chico—. La abuela me ha comprado una hamburguesa —mientras hablaba, miraba el montón de películas devueltas que aún no habían sido colocadas en las estanterías—. ¡Ah, ésta me gusta! —exclamó, mostrándole una carátula de lo que parecía una película de vísceras—. ¿Puedo llevármela a casa?

—De eso nada —contestó su madre después de echarle un vistazo —. Es para mayores de dieciocho, niño.

—¿Y para qué me sirve a mí que la abuela tenga un videoclub si no puedo ver las películas que me interesan?

—La vida es dura, hijo —rió Donna.

Sí, la vida era dura y había muchas cosas que lamentaba, pero Eric

nunca sería una de ellas.

Él lo era todo para ella. Su razón de vivir. Lo único que tenía sentido.

—Eso es lo que yo digo siempre, pero nadie me hace caso —suspiró Eric, acercándose a una estantería para echar un vistazo.

—Eres muy gracioso, ¿sabes?

Donna se volvió al oír la campanita de la puerta, pero aquella vez no sonrió porque quien acababa de entrar era uno de los Lonergan.

—Jake.

Parecía ocupar toda la tienda. Tenía los hombros anchos, la cintura estrecha y unas piernas que debían medir un kilómetro. Llevaba una camiseta negra, vaqueros negros y botas negras de motorista. Seguía llevando el pelo largo, sujeto un una coleta. Unas gafas oscuras escondían sus ojos... y quizá eso era lo mejor.

Pero en cuanto lo pensó, Jake se quitó las gafas y las colocó en el cuello de su camiseta. Esos ojos oscuros se clavaron en ella y una oleada de calor la recorrió de arriba a abajo. Donna sintió un delicioso escalofrío en el bajo vientre...

—Donna, te veo muy bien.

—*Estoy* muy bien.

—Sí —asintió Jake con una sonrisa en los labios—. Me acuerdo.

Capítulo 3

Donna, colorada hasta la raíz del pelo, se mordió los labios. Y, al ver ese gesto, Jake sintió que algo despertaba dentro de él.

—No —murmuró, sacudiendo la cabeza.

—Donna... —ni siquiera el aire acondicionando de la tienda podría apagar el fuego que había en su interior. Casi podía sentir la electricidad que había entre ellos.

No sabía que verla otra vez despertaría tantos recuerdos. Pero debería haberlo sabido. Debería haber recordado lo que podía hacerle con una sola mirada de esos ojos azules. Lo que le había hecho quince años antes.

Entonces aparecía en sus sueños cada noche y lo atormentaba de día. No habría podido evitarla aunque hubiese querido... porque era la novia de Mac.

De modo que sufrió en silencio, deseándola como sólo un chico de diecisiete años podía desear a una mujer. Ella estaba en todos sus pensamientos, en todos sus deseos. Y era inalcanzable.

Hasta una noche, el último verano.

Entonces sólo era una cría de quince años. La más guapa que Jake había visto nunca. Ahora era una mujer y lo dejaba sin aliento.

Jake, no deberías haber venido.

—Sólo quiero hablar —dijo él, dando un paso adelante.

Eso era mentira. Quería hacer algo más que hablar. Su mente se llenaba de imágenes de todo lo que le gustaría hacer... con ella y a ella.

Pero entonces vio auténtica preocupación en sus ojos.

—Relájate, mujer. No voy a morderte... a menos que tú quieras.

—Corta el rollo —le espetó Donna, mirando por encima de su hombro.

Jake siguió la dirección de su mirada y... vio al chico inmediatamente. Un adolescente agachado inspeccionando películas en la sección de Terror. Cuando se incorporó, con una carátula en la mano, Jake vio que era alto y delgado. Tenía el pelo y los ojos oscuros y una expresión simpática...

Era como si le hubiesen dado un golpe en el pecho. El chico era igual que Mac aquel verano. Era como dar marcha atrás en el tiempo. Y el dolor que había sentido al ver a Donna se convirtió en amargura.

—¿Y ésta, mamá? —preguntó el chico, acercándose al mostrador—. No hay sangre, sólo fantasmas y cosas así —entonces se fijó en Jake —. Ah, hola.

—Hola.

—Muy bien —dijo Donna a toda prisa—. Hasta luego, cariño. Dile a la abuela que llevaré pollo para cenar.

—Genial. ¿Me das cinco dólares? He quedado con Jason en...

—Sí, sí —Donna no se molestó en escuchar la explicación. Abrió la caja registradora y sacó un billete de cinco dólares que le dio a su hijo a toda prisa.

—Anda, no me ha costado nada —rió el crío, mirando a Jake—. Hasta luego, mamá.

La campanita de la puerta estuvo sonando durante casi un minuto antes de que Donna hablase por fin:

—Bueno, has visto a Eric, así que ya puedes irte.

Jake se volvió para mirarla. Para mirar unos ojos que llevaba quince años viendo en sus sueños.

—Se parece mucho a él.

—Lo sé.

Jake se pasó una mano por la cara. —No sabe quién soy.

—¿Por qué iba a saberlo? —replicó Donna, colocando un montón de películas por orden alfabético—. No te había visto nunca.

Jake miró alrededor. La tienda no había cambiado mucho en esos años. Ahora había DVDs en lugar de cintas de vídeo, pero era prácticamente igual. Las paredes pintadas de blanco, los pósters de cine, el escaparate que daba a la calle Mayor... y había una película de gángsters en la televisión, sobre el mostrador.

—Si hubiéramos sabido de su existencia, las cosas habrían sido muy diferentes.

Donna levantó la mirada.

—Lo sé. Pero hice lo que tenía que hacer.

—¿Sola?

—No estaba sola —contestó ella—. Tenía a mi tía Lily, que se portó maravillosamente conmigo.

Jake se alegraba de saber que no había estado completamente sola. Porque entonces era una cría, embarazada, lejos de casa. El padre de su hijo, muerto.

Muerto.

—Eso fue hace mucho tiempo, Jake —dijo ella entonces, como si hubiera leído sus pensamientos.

—Sí, a veces me parece que fue hace una eternidad y otras... otras es como si hubiera sido ayer.

Donna suspiró. Su repentina aparición la había sorprendido. Por eso se había puesto colorada, por eso había sentido... ese escalofrío. Bueno, por eso y por el sonido de su voz, que le recordaba aquella noche, cuando todo en su vida había cambiado para siempre.

Donna tomó un montón de películas y se dirigió hacia una de las estanterías. No le sorprendió en absoluto oír los pasos de Jake tras ella. «Concéntrate en el trabajo», se dijo. «En las películas». Pero colocó una comedia romántica en la sección de ciencia ficción y murmuró una palabrota mientras volvía a sacarla.

—No va ahí.

—Eso ya lo sé. Mira, _Jake... estoy intentando trabajar. ¿Por qué no te marchas?

—Porque tenemos que hablar.

Donna se volvió para enfrentarse con él. Pero incluso preparada para el calor de su mirada, sintió un escalofrío por la espalda.

—Ya hemos hablado. Has visto a Eric. Ahora, vete.

—Lo he visto, pero sigo sin conocerlo. No he hablado con él —replicó Jake. Se había acercado un poco más y Donna casi podría jurar que el calor de su cuerpo se le traspasaba—. Y no pienso irme hasta que lo haga.

Donna tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara. Era alto, más de lo que recordaba. Y sus hombros eran más anchos ahora, su torso más musculoso. Su pelo seguía siendo largo como antes... y sintió el absurdo deseo de quitarle la goma de la coleta y deslizar sus dedos por él.

Resultaba más trotador ahora que cuando era un adolescente. Y entonces, quince años antes, nadie la había tentado más que Jake Lonergan.

Buscando tiempo, Donna se dio la vuelta abruptamente para ir a la estantería de Drama y dejar cuatro películas antes de seguir hasta la sección de películas infantiles. Jake iba dos pasos detrás de ella.

Sentía la mirada oscura clavada en su espalda hasta que una parte de ella despertó a la vida; una parte que llevaba mucho tiempo dormida.

—Veo que ahora llevas tú la tienda, ¿no?

—Y yo veo que no se te escapa nada —replicó ella, irónica.

—Qué graciosa. Pero yo pensaba que ahora serías maestra.

—¿Qué? —Donna se detuvo en la estantería de Clásicos.

—Que serías profesora. Eso era lo que querías ser.

—¿Te acuerdas de eso?

—Me acuerdo de todo —contestó Jake.

Donna cerró los ojos, pensando que eso sería más seguro que seguir mirándolo. Desgraciadamente, Jake aprovechó ese momento y se había acercado un poco más. En cuanto puso las manos sobre sus hombros, Donna abrió los ojos y, sin saber por qué, se echó un poco hacia delante... pero la media sonrisa que vio en sus labios, una sonrisa de satisfacción masculina, le dio fuerzas para juntar las piernas y erguirse un poco.

—Tienes que dejar de decir cosas como ésa.

—¿Por qué?

—Porque ya no somos niños, Jake. Las cosas han cambiado. Yo he cambiado.

Jake metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Yo también.

Donna lo miró de arriba abajo.

—No, tú no has cambiado. Sigues siendo un loco del peligro.

—¿Qué?

—Por favor, mírate, Jake. El pelo largo, las botas de motero, los vaqueros gastados... por no hablar de la moto enorme que has aparcado delante de la tienda. Eres el póster del chico que ama el peligro.

—¿Ah, sí? —un brillo de alegría apareció en los ojos de Jake.

—No lo decía como un halago —replicó Donna, enfadada. Pero sí lo era. Aunque estaba loca por Mac cuando era una cría, Jake aparecía en muchos de sus sueños. Incluso entonces había sido capaz de afectarla como nadie.

Y, aparentemente, eso no había cambiado con el paso del tiempo.

—¿Así que te impresiono?

—A un nivel elemental, sí.

—Me alegra saberlo.

—Ya me lo imagino.

—¿A qué hombre no le gustaría?

—A Mac —contestó Donna.

Inmediatamente, el brillo de humor que había en los ojos de Jake desapareció.

—Muy bien —dijo abruptamente—. ¿Quieres que hablemos de Mac? Pues vamos a hacerlo. Cuando Mac murió… —Jake tragó saliva— cuando descubriste que estabas embarazada, ¿por qué no me lo dijiste?

—No podía.

—Pero tú y yo éramos amigos. Más que amigos.

Donna tragó saliva. Los recuerdos eran de repente algo tan cercano que casi no podía respirar. Lo recordaba todo como lo recordaba Jake.

—Por eso no podía decírtelo.

—Donna —Jake la tomó del brazo y tiró de ella con tal fuerza que se le cayeron las películas—. No deberías haberme dejado fuera de tu vida.

Apartándose de un tirón, ella se agachó para recoger las películas, que apretó contra su pecho como si fueran un escudo.

—Yo no te debo nada, Jake. Ni a ninguno de los Lonergan. Eric no es tu hijo, es hijo de Mac. Al único al que tenía que decírselo era él y había muerto.

Oh, no. Sus ojos se llenaron de lágrimas y eso la puso furiosa. No quería llorar delante de él. No quería llorar en absoluto. Aquel verano había llorado suficiente como para que le durase una vida entera.

—Yo podría haberte ayudado.

—Tenías diecisiete años.

—Pero…

—Jake, sé realista —lo interrumpió Donna—. Te habías alistado en los Marines. Estabas a punto de ir al campamento de instrucción y yo tenía que pensar en un niño. Tenía que hacer planes, decidir lo que iba a hacer con mi vida. Tienes que olvidarte de eso, Jake. Vuelve a tu vida

—¿Y qué? ¿Quieres que me olvide de Eric para siempre? Lo siento, pero eso no va a pasar.

—No, supongo que no —suspiró ella—. Pero si tú y tus primos queréis conocer a Eric, será en mis términos. Es mi hijo y pienso hacer lo que crea mejor para él.

—De acuerdo asintió Jake.

Donna lo miró, suspicaz.
—Como diría mi hijo: eso no me ha costado nada.
—Relájate —sonrió Jake—. No estoy planeando nada malo. Solo quiero que esto sea lo mas fácil posible pata todos.
—¿De repente te has vuelto Don Razonable?
—A lo mejor te molesta más que Don Peligroso.
Donna tuvo que sonreír. Jake siempre había sido capaz de salirse con la suya y, aparentemente, nada había cambiado.
—No estés tan seguro. Al menos con Don Peligroso sé dónde estoy.
—¿Y dónde es eso? —preguntó él, inclinando la cabeza hasta que estaban casi pegados el uno al otro.
Donna dio un paso atrás.
—Al borde de un precipicio —contestó.
—¿Por eso saliste corriendo esa noche?
Donna no tenía que preguntarle a qué noche se refería. Durante quince años, ese recuerdo no había dejado de perseguirla. A menudo se preguntaba qué habría pasado, qué habría sido diferente en su vida si no hubiera salido corriendo, asustada.
Jake deslizó una mano por su brazo y Donna sintió un escalofrío.
—¿De verdad te daba miedo? —le preguntó en voz baja—. Yo nunca te habría hecho daño.
—Lo sé, Jake. Y entonces lo sabía también.
—¿Entonces, por qué? ¿Si no te daba miedo... por qué saliste corriendo esa noche?
—No tenía miedo de ti —admitió Donna, mirándolo a los ojos, perdiéndose en aquellas pupilas oscuras con una emoción que no debería haber despertado—. Salí corriendo porque tenía miedo de mí misma. O, más bien, de lo que tú me hacías sentir.
—Entonces, lo que sentimos cuando nos besamos.., la pasión, el deseo... saliste huyendo de todo eso. Me dejaste solo y te fuiste con Mac.
—Sí —respondió ella.
—¿Te acostaste con él esa noche? —preguntó Jake entonces. Había furia en su voz, pero dolor también y Donna lo sabía.
—Sí, Jake, me acosté con él esa noche —respondió ella, contándole lo que no le había contado nunca a nadie—. Encontré la pasión contigo, pero volví con Mac. Y esa noche engendramos a Eric.

Capítulo 4

En un instante, Jake estaba allí de nuevo, aquella noche, quince años atrás.

El aroma de Donna lo llenaba todo. El calor de su cuerpo hacía que su corazón de diecisiete años latiera con el fiero ritmo de un tambor dentro de su pecho. La luz de la luna bailaba en sus ojos mientras lo miraba, mordiéndose los labios.

Los primos de Jake estaban en el lago, nadando. De modo que Donna y él estaban solos, en la carretera, al lado del coche de su padre. Jake había salido de casa más tarde que los demás y cuando vio el coche tirado en medio de la carretera lo reconoció enseguida... al coche y a la conductora.

Se decía a sí mismo una y otra vez que Donna era la novia de Mac, pero eso no parecía ayudarlo en absoluto porque sólo podía pensar en cuánto la deseaba. Cuánto le importaba aquella chica.

Conteniendo el deseo de abrazarla, Jake abrió el capó del coche. Donna se colocó a su lado y su perfume lo envolvió como si fuera una manta.

—¿Puedes arreglarlo?

—Sí —contestó él—. Se han soltado los cables del distribuidor.

No quería arreglarlo. No quería que se fuera con Mac. Quería estar allí, con ella. Apretando los dientes, Jake se inclinó sobre el motor y ajustó los cables. Luego comprobó la tapa del depósito de gasolina, la correa del ventilador... cualquier cosa para seguir a su lado.

Donna se inclinó un poco más para ver lo que estaba haciendo y tropezó, rozando su costado. En un acto reflejo, Jake la sujetó... pero en lugar de soltarla enseguida la atrajo hacia sí.

—Jake... —Donna tragó saliva—. ¿Qué haces...?

—Nada, lo siento. Perdóname.

Jake y Donna se conocían desde siempre y siempre habían sido amigos. Aquel verano, sin embargo, algo había cambiado. Aunque era la novia de Mac, Jake sentía que lo miraba cuando creía que no se daba cuenta. Había el mismo interés en sus ojos que seguramente habría en los suyos.

Había algo entre ellos. Algo que él quería explorar Algo que quería entender. ¿Sentía Donna lo mismo?

¿Sería posible que no quisiera a Mac y lo quisiera a él?

Donna había puesto las manos en su pecho y, Jake sabía que debía estar sintiendo los acelerados latidos de su corazón. El roce lo quemaba, como

dejando una marca, y la fuerza del deseo que sentía por ella casi lo ahogaba.

—Donna... —dijo en voz baja—. No te vayas, quédate conmigo.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo. Tú sabes que no puedo.

La noche pareció detenerse a su alrededor. No había viento. No había ladridos de perros en la distancia, ningún otro coche pasaba por la oscura carretera. Las estrellas y la luna brillaban en un cielo negro y parecían envolverlos a los dos en el silencio.

—¿Por qué no?—insistió Jake, aunque sabía la respuesta.

—Porque no estaría bien —contestó ella.

—Yo creo que sí estaría bien.

—No quiero irme, Jake.

—Entonces, quédate —murmuró él, apretando su cintura. Luego inclinó la cabeza, esperando que se apartase, pero ella no se apartó. Lo miraba con sus ojos azules que parecían ver en su interior...

Su boca era generosa, cálida, y estaba sólo a un centímetro de distancia. Jake rozó sus labios, un roce suave, rápido. Notó que Donna contenía el aliento, pero seguía sin apartarse.

Con el corazón en la garganta, Jake volvió a besarla, esta vez poniendo en aquel beso todo lo que sentía, todo lo que deseaba. Donna abrió los labios y él introdujo la lengua, besándola como había querido hacerlo durante todo el verano.

Donna dejó escapar un gemido y ese sonido avivó las llamas de su deseo. Pero el deseo que sentía en aquel momento exigía más, lo exigía todo.

Jake deslizó las manos arriba y abajo por su espalda, agarrando su trasero. Ella se apretaba contra él y se preguntó si habría notado lo duro que estaba. ¿Sabía lo que le estaba haciendo? ¿Lo desearía ella también?

Despacio, Jake empezó a levantar su camiseta y metió la mano por debajo. Su piel era más suave que la seda, más cálida. Siguió subiendo hasta que notó sus pechos desnudos...

Donna lanzó un gemido y lo besó abiertamente, apoyándose en su pecho, dejando que la tocase. Sus lenguas bailaban, sus alientos se mezclaban en una desesperada danza de deseo.

Y entonces Jake empezó a acariciar abiertamente sus pechos, rozando sus pezones con los pulgares. Donna emitió otro gemido, echando la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Jake...

—Donna, te necesito...

—Yo también, Jake. Yo también.

No hizo nada por detenerlo cuando bajó las manos hasta la cinturilla del pantalón corto. Al contrario, pasaba las manos por vas brazos, como urgiéndole, como pidiéndole que no parase.

Jake, con dedos temblorosos, empezó a desabrochar el botón y la cremallera de los pantalones. Pero no era capaz de hacerlo y soltó una palabrota mientras ella reía... una risa que sonaba a música celestial. Luego, por fin, consiguió abrir el pantalón y, un segundo después, estaba deslizando la mano bajo las braguitas de flores.

La risa desapareció cuando Donna levantó las manos para agarrarse a sus hombros. Clavó los dedos allí, como buscando un punto de apoyo, un ancla, y Jake sintió cada uno de ellos como una marca indeleble en la piel. Pero no le importaba, de hecho apenas pensó en ello. Sólo podía pensar que su sueño se estaba haciendo realidad por fin.

Donna era suya.

Al primer roce de sus dedos, ella se estremeció.

—Jake, Jake, ¿qué estamos haciendo...?

Tampoco Jake sabía lo que estaban haciendo. Sus primos y él habían hablado muchas veces de esas cosas. Pero, aunque les gustaba presumir, la verdad era que no tenían mucho de lo que jactarse porque no habían ido más allá de desabrochar algún sujetador.

Aquella noche era diferente.

Aquella noche era especial.

Jake bajó un poco más la mano y metió un dedo en su interior. Al sentir que estaba húmedo empujó un poco más, sin saber bien lo que hacía. La acarició, por dentro y por fuera, encantado con aquella sensación tan nueva...

Donna tragó aire. Tenía los ojos cerrados y parecía estar en el cielo. Jake la besó y ella le devolvió el beso... durante un largo, asombroso minuto.

Entonces ella se detuvo. Y dio un paso atrás, como asustada. Abrochándose los pantalones, se arregló la camiseta y sacudió la cabeza.

—No puedo hacer esto.

—Donna... —Jake dio un paso adelante... e hizo una mueca de dolor. No era fácil caminar cuando uno tenía una erección como una piedra.

—Te deseo, de verdad —siguió ella, sacudiendo la cabeza firmemente,

como para convencerse así misma de lo que estaba diciendo—. Jake, tú me haces sentir... no sé, especial. Pero no podemos hacer esto.

—¿Por qué?

—¡Por Mac!

—Tú me deseas a mí, no a Mac.

No, Jake Donna levantó una mano como para detenerlo—. No, de verdad. Lo siento. No deberíamos... lo siento mucho.

Luego subió al coche, arrancó y salió a toda velocidad, dejándolo plantado en medio de la carretera, preguntándose dónde había ido la magia.

Jake dejó escapar un largo suspiro y volvió al presente de golpe. Era extraño que una noche, tantos años atrás, hubiera dejado tal impronta en su mente. Era un recuerdo tan vívido que aún podía sentir su deseo y el rechazo de Donna como si hubiera ocurrido el día anterior.

Intentando apartarlo de sí, miró sus ojos azules... tan bonitos como quince años atrás. —Me usaste —dijo con voz ronca.

—¿Qué?

—Nos besamos como locos... te excitaste conmigo y luego te fuiste con Mac.

Donna lo miró, atónita.

—¿Crees que lo hice a propósito?

—Me besaste y luego me dejaste plantado en la carretera.

—Yo no sabía qué hacer... ocurrió y...

—Tú me deseabas —insistió Jake, dando un paso hacia ella.

Donna dio un paso atrás, pero se chocó con una de las estanterías.

—Sí, te deseaba —respondió, apartándose el pelo de la cara con un gesto impaciente—. Era joven y tonta y cuando me tocaste, yo...

—¿Te pusiste a cien?

—Sí —admitió Donna con un suspiro—. Tenía quince años, Jake. Nunca había sentido nada así y me dio miedo.

—Así que te fuiste con Mac... para terminar lo que yo había empezado.

—Estaba disgustada, me sentía mal.., cuando te dejé en la carretera esa noche me fui al lago. Coop y Sam ya se habían ido. Mac se dio cuenta de que me pasaba algo, pero no le dije nada... sobre ti, quiero decir. Me puse a llorar y Mac fue tan dulce...

—Entonces él y tú… —Jake no quería ni imaginarlo. Había soñado tantas veces con esa noche, con lo que podría haber pasado. Despertaba en medio de la noche recordando su dulzura, su inocencia, su deseo.
—Yo no quería que pasara —insistió Donna—. Sencillamente, ocurrió.
—Porque Mac no era como yo.
Ella levantó la cabeza.
—No vas a dejarlo estar, ¿verdad?
—Llevo quince años intentando olvidarlo.
—Oh, por favor —replicó ella, con una risa ronca—. No esperarás que crea que has pensado en mí durante estos quince años, ¿verdad?
Jake la tomó por los hombros, muy serio.
—¿Y tú quieres que crea que no has vuelto a pensar en mí? ¿Que lo que pasó esa noche no tuvo importancia? Mírame a los ojos y dime que no has vuelto a acordarte de mí en estos quince años.
Ella tragó saliva.
—¿Eso es lo que quieres oír? De verdad necesitas creer que eres inolvidable? Entonces éramos niños, Jake.
—No, dejamos de serlo cuando empezamos a besarnos. Y hemos dejado algo a medias, Donna.
—Jake…
—Hueles igual —dijo él entonces, inclinando la cabeza para rozar su cuello.
Ella contuvo el aliento, pero dejó escapar un gemido al sentir el roce de sus labios. Una vocecita le advertía que estaban en la tienda, que había un escaparate desde el que cualquiera podría verlos. Que alguien podría entrar en la tienda en ese momento.
Pero esa voz lógica y racional no parecía tener nada que hacer contra los latidos de su corazón y el deseo que llenaba su alma.
—¿Por qué has tenido que volver a Coleville?
—Para esto —contestó Jake, buscando su boca.
Con hambre. Con un ansia imposible de disimular, como si de verdad llevara quince años esperando volver a besarla.
Abrió su boca con la lengua y ella se dejó hacer, con abandono. Sin pensar, le echó los brazos al cuello y dejó que la besara, que la aplastara contra su pecho. Todo lo demás dejó de tener importancia: el mundo, su trabajo, sus responsabilidades. De repente, era esa niña

otra vez. Inexperta y llena de deseo, con una pasión que no entendía, pero que la abrumaba.

Jake la apretó con fuerza con ambas manos, deslizando una de ellas hasta la cremallera del pantalón para acariciarla por encima de la tela con dedos expertos... hasta llevarla casi al borde del orgasmo. Pero entonces se detuvo.

Buscando el aire que le faltaba, Donna tuvo que poner una mano en la estantería para mantener el equilibrio. Los ojos oscuros de Jake brillaban con ansia insatisfecha, con un deseo que era más poderoso que el suyo.

—Jake, ¿qué estás...?

—Aquí no —la interrumpió él, mirando hacia el escaparate—. Ahora no. Pero te deseo. Y esta vez, pienso tenerte.

Donna sacudió la cabeza.

—Yo tenía razón. No has cambiado nada. Sigues siendo el chico que ama el peligro.

—Es posible —asintió él, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón, como si no confiara en sí mismo—. Pero tú ya no eres una virgen de quince años, ¿verdad?

—No, no lo soy —respondió ella—. Soy una mujer adulta y tengo un hijo. Y tengo que pensar en otras cosas además de mis deseos.

—¡Tonterías!

—¿Perdona?

Jake sacó una mano del bolsillo, levantó su barbilla con un dedo y la miró a los ojos.

—Hace un minuto has estado a punto de dejar que te tomase aquí mismo, en el suelo...

Donna se apartó de golpe, fulminándolo con la mirada.

—Eres un animal.

—No, no lo soy. Y sabes que tengo razón —replicó Jake.

Ella no contestó. Sí, tenía razón. Habría dejado que le hiciera... lo que quisiera. Y por eso se había alejado de Jake quince años antes. Porque cuando estaba con él no quería pensar en nada.

—Y te prometo —siguió Jake— que esta vez vamos a hacerlo.

Luego se alejó hacia la puerta, pero Donna lo detuvo.

—¿Jake?

—¿Qué?

—Haya lo que haya entre tú y yo... sigues sin tener ningún derecho

con respecto a Eric.

Jake arrugó el ceño.

—No lo entiendes, Donna. Nosotros no necesitamos ningún derecho. Eric es un Lonergan, es uno de la familia.

—Se llama Eric Barrett.

—Sigue siendo un Lonergan —replicó él—. Adiós, Donna. Ya nos veremos.

Capítulo 5

Una hora después, Donna cerró la tienda... antes de la hora. Si alguien en Coleville quería alquilar una película tendría que ir a San José, a cinco kilómetros de allí. No pensaba quedarse en la tienda, ahora llena de los besos de Jake Lonergan.

De modo que tiró el bolso sobre el asiento del coche y arrancó para dirigirse a la casa en la que había crecido, a menos de un kilómetro de allí.

Se sentía rara volviendo a casa. Llevaba tanto tiempo fuera de Coleville y habían cambiado tantas cosas que volver a su casa era casi... como un sueño.

Era como si Coleville hubiera quedado suspendido en el tiempo. La gente a la que recordaba ahora era mayor, pero las tiendas y las calles, tan familiares, seguían siendo las mismas. Donna apretó el volante mientras cruzaba la calle Mayor, mirando los escaparates.

Las calles de Coleville estaban prácticamente vacías. Sin duda, la gente se quedaba en casa para disfrutar del aire acondicionado. Y era lógico. El verano estaba terminando, pero no pensaba irse sin pelear y el calor era tan terrible que si miraba fijamente el asfalto casi parecía una piscina.

Pero el calor que sentía por dentro no tenía nada que ver con el verano. Y era culpa de Jake. Donna se detuvo en un semáforo y empezó a martillar sobre el volante con los dedos.

—Muy bien, no es todo culpa suya —admitió en voz alta—. ¿Qué tiene ese hombre que me pone tan... nerviosa?

Pero sabía la respuesta a esa pregunta. Incluso de niña, Jake Lonergan era la viva imagen del «chico rebelde». Llevaba el pelo demasiado largo, los vaqueros demasiado gastados, las camisetas demasiado ajustadas y sus ojos...

—Ay, esos ojos.

Tenía un problema. Y ella no podía tener un problema. No podía desear a un hombre. Tenía un hijo de catorce años en el que pensar. Al que proteger.

Cuando detuvo el coche frente a su casa, Donna saludó con la cabeza al vecino de al lado, que estaba pasando el cortacésped. Podía oír el ladrido de unos perros y las risas de unos niños en alguna piscina cercana...

Bien. Lo normal. Eso era bueno, se dijo a sí misma. Ese encuentro con Jake no había sido normal. Pero ahora las cosas volvían a estar en su sitio.

Podría sobrevivir el resto del verano. Y luego Jake se marcharía. Y, con un poco de suerte, jamás tendría que volver a lidiar con él. Pero mientras lo pensaba se daba cuenta de que nunca se libraría de Jake Lonergan del todo. Ahora que sabía que Mac había tenido un hijo, esperaría... conociendo a Jake, exigiría, ser parte de la vida del chico.

—Muy bien —murmuró para sí misma—. Eso no significa que tenga que ser parte de mi vida.

—¿Eres tú, cariño?

La voz de su madre la hizo sonreír. Por muchos problemas que tuviera con Jake, había hecho bien volviendo a Coleville. Añoraba mucho a su madre y estar con ella ahora era lo más importante. Para las dos.

—Sí, soy yo, mamá.

—Ah, qué bien —Catherine apareció en la puerta del salón con un cepillo de pelo en la mano—. Quería hablar contigo antes de irme.

—Irte? ¿Dónde vas?

—Michael y yo nos vamos a pasar fuera el fin de semana.

«Sí», pensó Donna, irónica. «Es estupendo estar de vuelta en casa». «Era importante que mi madre y yo pudiéramos pasar algún tiempo juntas».

—¿Todo el fin de semana?

—Ya soy mayorcita, hija —contestó su madre, arrugando la nariz—. Sé lo que hago.

—Bien, bien —murmuró Donna, dejándose caer en el sofá—. Pero pensé que íbamos a cenar fuera esta noche.

—Michael y yo teníamos hecha la reserva antes de que llegaras. No puedo cancelarlo todo ahora.

—No, claro que no, pero...

¿Pero qué? ¿Necesitaba a su mamá? ¿Cómo podía ser tan patética?

—Has visto a Jake Lonergan —dijo Catherine entonces.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha contado Eric.

—¿Eric? —repitió Donna. No podía ser. Su hijo había visto a Jake, pero no se lo había presentado. No lo conocía de nada. Claro que Eric era un niño muy listo y quizá se había dado cuenta del parecido...

Donna dejó escapar un suspiro. Ella quería hablarle a su hijo del asunto antes que nadie, pero estaba esperando el momento apropiado.

Algo que, aparentemente, no iba a pasar.

—¿Cómo sabía que era Jake? Yo no los presenté.

—No sabía su nombre, pero me lo describió y yo le dije quién era. Lo supe en cuanto mencionó la coleta —contestó su madre.

—Le dijiste que era Jake Lonergan.

—Claro. ¿Qué iba a decirle?

—¿Qué más cosas te contó Eric, mamá?

—¿Además de que te vio besándolo?

—Oh, no... —Donna enterró la cara entre las manos—. Soy idiota.

—No, no eres idiota, hija. Y el beso no ha traumatizado a Eric para siempre, no te preocupes —sonrió Catherine.

—Tengo que hablar con él...

—No está aquí.

—¿No está aquí? ¿Dónde está? ¿Sigue con Jason?

—No —contestó Catherine, sentándose en el brazo del sofá—. Llegó hace un rato, tomó la bici y volvió a marcharse.

La preocupación que veía en los ojos de su madre angustió a Donna más aún.

—¿Dónde ha ido?

—Al rancho Lonergan.

—¿Qué? —Donna se levantó de un salto y empezó a pasear por el salón—. ¿Por qué? ¿Por qué ha ido precisamente allí?

—¿Tú por qué crees? Para hablar con Jake.

—Pero... genial, esto es genial. Lo que me faltaba.

—No te pongas así, hija.

—¿cómo quieres que me ponga? Eric nunca me había visto besando a un hombre. Seguramente estará furioso... y avergonzado. Además, no quiero que hable con Jake Lonergan sin que yo esté presente.

—Ah, qué interesante.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no parece que tú tengas ningún problema en *hablar* con Jake —replicó su madre, irónica.

Donna dejó escapar un suspiro. ¿Cómo podía explicar a su madre lo que sentía si no podía explicárselo ni a ella misma?

—Eric tiene derecho a conocer a su familia, cariño.

—Lo sé. Y quiero que conozca a Jeremiah y sepa más cosas sobre su padre. Pero es que no confío en Jake.

Ya estaba. Lo había dicho.

—Ya —murmuró Catherine—. ¿No será que no confías en ti misma cuando estás con Jake?

—¿Eh?

Su madre se levantó y apretó su mano.

—Cariño, desde que erais pequeños siempre hubo algo entre Jake y tú. No sé bien lo que era, pero... todo el mundo se daba cuenta.

—Por favor...

—De hecho, el día que nos contaste a tu padre y a mí que estabas embarazada, pensamos que el niño era de Jake.

—¡Mamá! —exclamó Donna, sorprendida—. Mac era mi novio.

—Sí, lo sé. Pero Jake y tú... no sé, parecía haber algo entre vosotros que no tenías con Mac.

Donna no podía creer lo que estaba oyendo. Recordaba perfectamente el gesto de desilusión en el rostro de sus padres cuando les contó que estaba embarazada. Pero jamás se le habría ocurrido pensar que les sorprendía saber el nombre del padre.

Aunque... si no hubiera salido huyendo de Jake esa noche, Jake Lonergan podría haber sido el padre de su hijo. Pero había salido corriendo. Eso era lo importante. Y el padre de Eric era Mac, no Jake. Porque Jake no era el tipo de hombre que tiene una novia fija. Seguía sin serlo.

—No puedo creer que lo digas en serio —le espetó a su madre, enfadada, colocándose el bolso al hombro—. ¿Qué iba a haber entre Jake y yo? Éramos unos críos, por el amor de Dios.

—Pero ya no lo sois —le recordó su madre—. Y hace quince años, aunque eras una cría, yo creo que sabías bien lo que querías. Lo que pasa es que te daba miedo admitirlo.

—Te equivocas, mamá. No tenía miedo de admitir que me gustaba Jake. Pero sabía entonces, como sé ahora, que no debería gustarme.

—La gente cambia.

—No, la gente no cambia en absoluto —suspiró Donna, abrazando a su madre—. Que lo pases bien con Michael. Y luego salió corriendo de la casa.

Una rabiosa canción de rock duro salía de la radio en el antiguo

establo. Normalmente, Jake trabajaba con música de fondo. Normalmente, cuando trabajaba, podría explotar una bomba a sus pies y eso no turbaría su concentración.

Claro que aquel día era diferente.

No podía concentrarse en el carburador de su moto porque sus labios seguían quemando por los besos de Donna. Aún podía sentir en sus manos la tela de los vaqueros...

Y su entrepierna seguía igual de dura.

Quizá no debería haber ido a ver a Donna. Al hacerlo había despertado un montón de emociones que llevaba años intentando olvidar... y ahora no sabía cómo quitárselas de la cabeza.

O si quería hacerlo.

—Hola.

Jake se dio la vuelta y se encontró con la cara de un chico tan parecido a Mac que, durante un segundo, pensó que era él. ¿Que Mac había vuelto de entre los muertos para regañarlo por haber besado a su novia? Sí, claro.

Jake sacudió la cabeza para olvidar esa tontería y se concentró en el hijo de su primo.

—Hola.

El chico miró alrededor mientras entraba en el establo, empujando la bicicleta. Por fin, fijó sus ojos en Jake y se quedó mirándolo durante un largo minuto.

—Te he visto besando a mi madre.

Oh, no.

Jake se pasó una mano por el cuello. Eric sólo tenía catorce años, pero había ido allí como un hombre, no como un niño, de modo que Jake lo trataría como tal.

—Conozco a tu madre desde hace muchos años.

—Sí, lo sé —Eric apoyó la bicicleta contra la pared y metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Eres el primo de mi padre.

—Y tu primo también.

—Sí, ya me imagino —el chaval se encogió de hombros—. ¿Por qué la besaste?

¿Porque lo deseaba más que cualquier otra cosa en el mundo? ¿Porque sólo estar con ella en la misma habitación hacía que se excitara como si fuera un adolescente?

—Eso queda entre tu madre y yo.

—No me gusta que la beses.
—Lamento oírlo —suspiró Jake—. Pero quizá si me conocieras un poco mejor no dirías eso.
El chico lo pensó un momento.
—Sí, a lo mejor. La verdad es que mi madre no quiere que venga aquí.
—Pero tú has venido de todas formas. Eric se encogió de hombros de nuevo.
—Para decirte que os había visto besándoos.
Jake podía entenderlo. La necesidad de proteger, de defender.
—Siento que nos hayas visto, pero no siento haberla besado.
—¿Vas a hacerlo otra vez?
—Si ella me deja...
—No te dejará.
—Ya veremos —sonrió Jake, cruzándose de brazos. Se había torturado durante años a causa de la muerte de Mac. Ahora, mirando a Eric, resultaba más doloroso que nunca. Mac no sólo se había perdido su propia vida, también se había perdido la de su hijo.
—¿Mi abuelo está aquí?
—Sí, está en la casa. Con tus otros primos.
—¿Ah, sí? —Eric miró por encima de su hombro—. ¿Puedo ir a verlos?
Jake habría querido contestar: «ve corriendo», pero sólo dijo:
—Has dicho que tu madre no quiere que vengas aquí, de modo que supongo que no sabe que has venido.
—No exactamente.
—Ya —asintió Jake, con una sonrisa en los labios—. Venga, voy a presentarte a todo el mundo. Luego podrás llamar a tu madre para decirle dónde estás.
—Muy bien —dijo Eric—. Pero sigue sin gustarme que hayas besado a mi madre.
—Lo entiendo.
Jake caminó al lado del chico, intentando controlar el deseo de pasarle un brazo por los hombros. En aquel momento seguramente un abrazo no sería bienvenido. Eric estaba confuso y enfadado con él.
Pero ahora que por fin habían hablado, tendría que encontrar la manera de convencer a Donna para que los dejara mantener una relación familiar.

No quería perder aquel último lazo con Mac.

Donna entró en el rancho Lonergan y se dirigió a la parte de atrás. Esperaba poder recoger a Eric y volver a casa. Quizá, con un poco de suerte, Jake no estaría allí.

Pero cuando dio la vuelta a la casa dejó escapar un suspiro. Todos los Lonergan estaban allí.., y además parecían estar celebrando una fiesta en honor de Eric.

Imposible escapar.

Jeremiah se dirigía hacia ella con una sonrisa en los labios. A pesar de todo, Donna tuvo que sonreír mientras salía del coche. Siempre le había tenido mucho cariño al abuelo de Mac y lo había echado de menos todos esos años.

—Donna, cómo me alegro de que hayas venido. Eric parece un poquito abrumado por sus nuevos parientes y se alegrará de que estés aquí —dijo Jeremiah, mirándola con cariño—. ¿Puedo invitarte a una hamburguesa casera?

Donna miró la mesa frente a la que estaban sentados todos los Lonergan, a la sombra de un árbol. Cooper, Sam, Jake y Eric. La novia de Sam, Maggie, estaba colocando los platos y otra mujer salía de la casa en aquel momento con un matamoscas en la mano.

Mac debería haber estado en aquella pequeña fiesta familiar, pensó con tristeza. Pero en lugar de Mac estaba su hijo. Descubriendo primos a los que no conocía, disfrutando de su abuelo.

Eric parecía feliz rodeado por todos aquellos hombretones que se parecían tanto a él. Miraba de uno a otro mientras hablaban... sin duda estarían contándole todo tipo de historias sobre su padre, el padre al que nunca conoció. ¿Cómo podía llevárselo de allí? ¿Cómo podía evitar que conociera a su padre de la única manera que iba a serle posible?

—¿Donna? —la llamó Jeremiah—. ¿Vas a quedarte?

Ella miró al anciano y tuvo que sonreír de nuevo.

—Sí, me quedaré. Pero sólo un ratito.

Capítulo 6

—Guarda tu bici en el capó, Eric —Donna le dio las llaves mientras el chico la miraba con la cabeza agachada.

—¿Estás enfadada conmigo por haber venido aquí?

—Por haber venido aquí sin pedirme permiso —le corrigió su madre.

—Sí, bueno.

—Ya, bueno —suspiró Donna—. No estoy enfadada. Ya hablaremos de eso después.

Eric levantó la cabeza y le ofreció su mejor sonrisa.

—¡Hasta luego, Jake!

—Adiós, chaval.

Donna sintió un escalofrío al oír su voz tan cerca. Cuando Eric se alejó para guardar la bici, se quedó sola con él. Sentía su presencia como si estuviera tocándola. Y si la tocaba, pensó, daría un salto mortal.

Cerrando los ojos brevemente, intentó calmarse. No tenía por qué ponerse así. Sólo era un hombre, se decía. Sólo era Jake Lonergan. Pero no funcionó. Durante las últimas dos horas había estado rodeada de Lonergan. Eric lo había pasado de maravilla, pero ella estaba demasiado tensa.

Las novias de Sam y Cooper habían sido muy agradables con ella, pero de vez en cuando se veía incluida en las conversaciones que mantenían los hombres. Mientras se encargaban de la barbacoa, Jeremiah y sus nietos le contaban historias de Mac. Y su hijo los escuchaba extasiado. En unas horas había descubierto más cosas sobre su padre de las que ella había podido contarle en catorce años. Donna había hecho lo posible por contarle todo lo que sabía, pero oír a su familia hablar de Mac con tanto cariño había conseguido que el padre que nunca conoció le pareciese más real que nunca.

Pero esos recuerdos no habían sido tan agradables para Donna.

Había visto lo mismo en los ojos de Jake. El parecía tener más problemas con el pasado que sus dos primos. Más de una vez sus miradas se encontraron y en sus ojos había visto la misma angustia que debía haber en los suyos.

Pero ahora estaba a su lado y no se le ocurría nada que decir.

—Me alegro de que te hayas quedado —dijo Jake por fin,

rompiendo el silencio.

Donna apartó la mirada de su hijo, que estaba intentando meter la bici en el capó del coche con gran dificultad. Se había hecho de noche y todas las luces de la casa estaban encendidas. La noche era clara, con un cielo lleno de estrellas que brillaban más de lo normal. O eso le pareció.

—Sólo me he quedado por Eric.

—Lo sé.

—No volverá a pasar.

—Nunca digas nunca jamás, ya sabes.

Donna dejó escapar un suspiro.

—Jake, lo de esta tarde no cambia nada. Sigo sin querer que veas a Eric.

—Por qué no? —preguntó él, cruzándose de brazos.

—Porque es muy joven y muy impresionable —contestó ella—. He visto cómo te miraba. Con los ojos muy abiertos, como si tu palabra fuera la Biblia... Te tiene idealizado y no quiero que eso pase. Tú eres demasiado...

—A ver si lo adivino... ¿peligroso?

—Pues sí —respondió Donna, cruzándose de brazos a su vez—. No quiero que seas un héroe para mi hijo. Quiero que Eric se encuentre a sí mismo sin que tú influyas en él. Quiero que vaya al colegio, que haga una carrera...

—¿Y yo no he hecho eso?

—Por favor, tú te dedicas a montar en moto. Eso no es una carrera.

Jake levantó una ceja.

—¿Te has informado sobre mi vida?

«Sí», pensó Donna. Pero ése no era el asunto. Además, no era como si hubiese estado siguiéndolo todos esos años; sencillamente había buscado información sobre él en Internet... y eso era más que suficiente. Uno de los artículos que había leído decía:

Jake Lonergan monta su motocicleta como un hombre que persigue la muerte. Nunca se le ocurre ir sobre seguro. En lugar de eso, este competidor nato pisa el acelerador cuando nadie se atrevería a hacerlo y llega a velocidades inigualadas en un circuito de competición. Cuando Jake Lonergan participa en una carrera, corre como el viento... incluso arriesgando la propia vida.

Esas palabras no dejaban de repetirse en su cabeza y Donna tuvo que hacer un esfuerzo para disimular un escalofrío. Eric necesitaba un modelo masculino en su vida, pero no necesitaba a Jake Lonergan.

Y ella tampoco, por mucho que el cuerpo se lo pidiera.

—Sé que no has cambiado en absoluto. Sigues buscando la emoción a toda costa, como cuando eras un niño, conduciendo el camión de Jeremiah a toda velocidad... Compites en carreras peligrosas e incluso tus competidores creen que estás loco.

—Jake arrugó el ceño.

—Compito de esa manera porque me gusta.

—Eso es lo que me preocupa.

—Pero el circuito no es toda mi vida. No estoy siempre montando en moto. Tengo mi propio negocio.

—¿Ah, sí? ¿Qué negocio? —preguntó Donna, irónica.

—Diseño motocicletas para otras personas... gente que tiene más dinero que buen gusto, en general.

Donna no sabía eso. Probablemente debería haberse enterado, pero había dejado de leer cosas sobre él en cuanto llegó a aquel artículo.

—Eso está muy bien, Jake, pero...

—Y he fundado un albergue para personas sin hogar en Long Beach.

—¿Ah, sí?

—Jake asintió con la cabeza.

—Además, estoy en el Consejo de Administración de varias empresas en las que tengo acciones.

—En el Consejo de Administración...

Donna estaba absolutamente sorprendida. A la luz de la luna, con esa coleta, parecía un pirata moderno, no el miembro de un serio Consejo de Administración.

—Mi empresa organiza un concurso anual para ingenieros... para darles la oportunidad de ver sus diseños convertidos en realidad.

—No tenía ni idea —murmuró ella, que no sabía qué hacer con la nueva información. ¿Cambiaba eso algo? ¿Cambiaba quién era Jake en realidad? No. Sólo había que ver cómo vestía. Seguía siendo un rebelde. Y acababa de admitir que le seguía gustando competir en carreras peligrosas.

—Podrías haber preguntado —dijo Jake.

—Muy bien, lo admito. Hay cosas de ti que no sabía. Pero siguen estando las carreras. O lo que un periodista llama tu deseo de «perseguir a la muerte».

—Venga, hombre... —Jake se pasó las dos manos por la cara—. ¿Tú crees eso? ¿Crees que quiero morir en un circuito?

—No lo sé, pero ese periodista parecía saber bien de lo que hablaba. Y no quiero que Eric quiera emularte.

—No voy a llevarlo a las carreras, Donna.

—No, eso desde luego.

—Pero tampoco pienso alejarme de él. Es un chico estupendo.

—Sí, desde luego que lo es.

—No quiero hacerle daño, Donna. Espero que me creas.

Ella asintió con la cabeza.

—Lo sé, Jake. Te creo.

—¿Pero?

—Pero eso no significa que no vayas a hacerle daño de todas formas... aunque no sea tu intención.

—¡Mamá! —la llamó Eric entonces—. La bici no cabe en el capó.

—Ponla en la furgoneta de Coop —dijo Jake entonces—. Ahí cabe hasta un barco.

—¡Genial! ¿Puedo conducir yo? —gritó el niño.

—No —contestó Donna.

—Jolín...

Jake soltó una carcajada.

—El pobre hace lo que puede.

—Desde luego —sonrió Donna.

—Yo le llevaré a casa. Y tú y yo podemos terminar nuestra discusión mañana.

—No creo que sea buena idea.

—Podríamos cenar juntos...

—¿Jake va a venir a cenar? —preguntó Eric, cargando con la bicicleta para llevarla a la furgoneta de Cooper—. Genial. ¿Podemos comer espagueti?

—A mí me suena bien —dijo Jake.

Donna miró de uno a otro. No podía ponerse a discutir delante de su hijo.

—Muy bien, de acuerdo. Cenaremos espagueti.

—¡Genial! —gritó Eric.

—Yo llevaré el vino —sonrió Jake, inclinándose para darle un beso en los labios antes de seguir al niño.

Donna se quedó mirándolos durante unos segundos, intentando adivinar en qué momento había perdido el control de la situación.

Al día siguiente, Jake se sentía como un crío preparándose para su primera cita. Una tontería, desde luego, pero no podía quitarse de encima esa sensación. Lo había pasado muy bien la noche anterior con Eric y Donna en la barbacoa.

Hasta que se dio cuenta de que cada vez que alguien mencionaba el nombre de Mac, Donna hacía una mueca. Casi imperceptible, pero una mueca de pena... o de dolor. Y el sentimiento de culpa que Jake había sentido siempre por la muerte de su primo lo agarraba de nuevo...

Sacudiendo la cabeza, dejó la botella de vino en la alforja de la moto. Se estaba poniendo el casco cuando vio a Cooper en la puerta.

—¿Qué pasa?

—Siempre tan simpático —sonrió su primo, entrando en el establo.

—¿No te da miedo ensuciarte esos zapatitos negros tan limpios? —bromeó Jake.

Cooper no se molestó en contestar.

—Tienes una cita con Donna, ¿verdad?

—No es una cita, sólo vamos a cenar los tres juntos.

—Ya —sonrió Cooper—. O sea, que no sigues loco por ella.

Jake miró a su primo, sorprendido.

—¿Cómo?

—Venga, hombre, que no soy tonto. Y tampoco era tonto hace quince años. Mac nunca se dio cuenta, pero yo sí. Bueno, Mac nunca se enteraba de nada salvo de los motores en los que os pasabais el día trabajando. Siempre me sorprendió que Donna y tú no acabarais juntos. Jake dejó el casco sobre el asiento de la moto.

—No te metas en esto, Coop.

—Me fijé en ti anoche, Jake. No podías dejar de mirarla. La verdad, por tu forma de mirarla casi esperaba que la pobre comenzase a arder por combustión espontánea.

—¿No te acabo de decir que no te metas en esto?

—Sí, bueno...

—Ya está bien. No quiero seguir hablando del asunto.

—Sé lo que sientes, Jake.
—¿Ah, sí?
—Te sigues sintiendo culpable por la muerte de Mac —siguió Cooper—. Por eso no te atreves a estar con Donna. Reconozco la culpa en tus ojos. La he visto en los míos muchas veces.
Jake tragó saliva. Quería discutírselo, pero ¿qué podía decir? Le pasaba lo mismo cada vez que miraba a Eric. Pero no podía hacer nada para compensar lo que *no había hecho* quince años antes y siempre llevaría con él ese remordimiento.
—¿Adónde quieres llegar?
—No tienes por qué sentirte culpable, Jake. Sólo éramos niños. No sabíamos que Mac se había dado un golpe bajo el agua. Además, tú querías que nos tirásemos para ver qué pasaba... no fue culpa tuya. Deberías dejar de castigarte a ti mismo por lo que pasó.
—Sí, ya. No fue culpa de nadie. Pasó lo que pasó porque así es la vida. Mac murió y nosotros seguimos viviendo. Muy sencillo.
—Nada es sencillo, pero no tienes por qué sentir que es culpa tuya —insistió Cooper—. Si te sigue gustando Donna, inténtalo. No le debes nada a Mac.
Pero Jake sabía que no era así. Él sabía la verdad, la que le había escondido a todo el mundo. Cooper tenía razón al decir que había sido él quien quiso que se tirasen al agua para ver por qué Mac no salía a la superficie. Pero no porque estuviese preocupado por su primo.
No. Sólo estaba pensando en sí mismo. Quería tirarse al agua y sacar a Mac para que no pudiese batir su récord, para que no pudiese ganarle. No era preocupación lo que le hacía pensar en tirarse al lago, sino puro egoísmo.
Como aquella noche, cuando Donna y él habían estado a punto de hacer el amor. Nunca había sido sincero con Mac sobre sus sentimientos por Donna. Nunca había sido hombre suficiente para admitir que estaba enamorado de su novia.
Y eso era algo que no podía contarle a nadie.
—Déjalo, Coop. ¿De acuerdo?
—Yo sólo digo...
—Ya, lo entiendo. Y ahora, déjalo.
—Muy bien —murmuró Cooper, dirigiéndose a la puerta del establo—. Pero deberías saber que anoche también me di cuenta de que

Donna te miraba a ti. Y si esta vez la dejas escapar, es que eres idiota.

—La cena ha estado bien.

Donna, que estaba secando los platos, levantó la mirada.

—Sí, bueno, un plato de espagueti no lo puede estropear nadie.

—Yo sí —sonrió Jake.

Donna sonrió también. Lo habían pasado estupendamente esa noche. Como su madre estaba fuera habían cenado los tres solos y, en algunos momentos, casi parecían una familia. Con Eric hablando del colegio, de su amigo Jason y del parque al que solían ir a patinar y Jake hablando de los países que había recorrido, de las cosas que había visto...

Una parte de ella lo envidiaba por sus aventuras. Aunque no cambiaría su vida con Eric por nada del mundo, había tantos sitios a los que le habría gustado ir, tantas cosas que siempre había planeado hacer.

—Estás pensando —dijo Jake, detrás de ella.

—Suelo hacerlo —intentó bromear Donna—. Estaba pensando si Eric se habrá acordado de llevar el cepillo de dientes a casa de Jason.

Y, por supuesto, estaba pensando que debería haberle dicho que no a su hijo cuando Jason llamó para invitarlo a dormir en su casa. Si lo hubiera hecho, no estaría a solas con Jake.

Una pena querer usar a su hijo para controlar sus hormonas, pensó.

—Se lo ha llevado todo. ¿Y de verdad era eso en lo que estabas pensando?

—No —admitió Donna con un suspiro—. Estaba pensando en los sitios a los que no he podido ir todavía: España, Italia, Francia. Siempre he querido ver el mundo.

—No hay nada que te detenga, ¿no?

Donna levantó una ceja.

—Ya, seguro. Tengo a Eric, mi trabajo, mi madre...

—Sí, bueno, ya sé que no sería fácil, pero cuando uno quiere algo de verdad debe hacer todo lo posible por conseguirlo.

Su tono, más que sus palabras, le llegaron muy dentro. No sabía por qué.

—Jake...

Al ver el brillo de deseo en sus ojos, Jake se apresuró a tomarla por la cintura.

—Donna, hay algo entre nosotros. Siempre lo ha habido.

—No digo que no sea así —reconoció ella. Pero no podía ser. Era imposible—. Sólo digo que no deberíamos...

—¿Por qué no?

—Por Eric y...

—Eric no está aquí.

—No, no está aquí. Pero estará aquí mañana.

Y el día siguiente... y el día después.

—¿Y no puedes tener una vida normal hasta que Eric se haya ido a la universidad? ¿Es eso?

Sonaba absurdo, claro. Aunque era así como había vivido hasta que Jake llegó al pueblo. Llevaba tanto tiempo concentrada sólo en Eric que apenas recordaba los sueños que había tenido cuando era una adolescente. Su hijo era la persona más importante del mundo para ella, pero sabía que si no disfrutaba de la vida, al final, cuando Eric se hiciera mayor no tendría nada. Y aun así...

—Sí, bueno. Pero todo lo que haga afecta a mi hijo y...

—Sí, eso es verdad. Pero en este momento estamos tú y yo solos.

—Jake... —Donna cerró los ojos al sentir el roce de sus dedos—. Por favor, no hagas eso.

Él levantó una mano y acarició sus pechos por encima de la camiseta. Donna contuvo el aliento.

—¿De verdad quieres que me vaya?

—No —admitió ella, mordiéndose frenéticamente los labios—. Pero deberías irte.

—Bueno, si eso es lo que quieres de verdad... me iré con una condición.

—No puedes aceptar una negativa, verdad?

—No —sonrió Jake.

—Muy bien. ¿Cuál es la condición?

—Ven a dar una vuelta conmigo a la luz de la luna.

Donna no había esperado eso ni por asomo.

—¿En tu moto?

—Sí. Ahora mismo.

—No sé... Le he dicho a Eric que no podía montar en tu moto y no creo que yo deba...

—No llevaré a Eric, te lo prometo. Pero quiero llevarte a ti.

Ella lo pensó un momento. Estaba siendo una tonta, pero... por fin

asintió con la cabeza y contuvo el aliento cuando Jake le sonrió. Seguramente lo lamentaría por la mañana, pero en aquel momento no había nada que deseara más que subir a la moto con Jake Lonergan y perderse en la noche.

Capítulo 7

La oscuridad los envolvía mientras recorrían la solitaria carretera. Jake iba concentrado en conducir, pero una parte de su cerebro no dejaba de pensar en la mujer que iba con él. Sentía sus brazos en la cintura, el calor de su cara en la espalda...

La carretera del pueblo, tan familiar, le parecía extraña esa noche, con Donna a su lado. La brisa del verano estaba cargada del aroma a jazmín y era como si aquel camino tan solitario sólo les perteneciera a los dos.

Durante toda su vida, Jake había amado la velocidad. Los coches rápidos, las motos de competición... Se ganaba la vida diseñando motocicletas para aquéllos que podían pagarse cualquier capricho, pero vivía para las carreras, para el peligro. No había nada como sentir que el mundo pasaba a toda velocidad. La adrenalina de una carrera era incomparable.

Hasta aquella noche.

El roce de los brazos de Donna lo hacía contener el aliento, saber que ella estaba allí, a su lado... no había nada que pudiera compararse con eso.

Curiosamente, esa noche no estaba interesado en la velocidad. Quería ir despacio. Por primera vez en su vida, Jake quería contener el poderoso motor de su motocicleta. Pero sabía que aunque deseara tener más tiempo, los pocos momentos que disfrutaría con ella empezaban a escapársele de las manos.

—¿Dónde vamos? —preguntó Donna.

—¿Eso importa?

—No —contestó ella.

Jake apretó los dientes. Sólo había un sitio al que quisiera llevarla. Al que tenía que llevarla.

No necesitaba farolas que lo iluminasen, conocía el camino de memoria. Recordaba esa carretera tan bien que habría encontrado el camino hasta con los ojos cerrados. Aunque era casi igual porque la luna en cuarto menguante no ayudaba en absoluto.

Jake detuvo la moto en el sitio en el que la había encontrado esa noche y Donna no dijo nada. Aquel pequeño escondite rodeado de robles era un sitio especial para él. Era el lugar con el que soñaba, lleno de sonidos y aromas de aquel verano, de aquella noche en la

que Donna y él casi...

Jake dejó los faros encendidos y se quedó callado un momento, con los pies apoyados en la hierba, sujetando la moto.

Oía los grillos y el sonido del viento entre las ramas de los árboles, casi como si fueran los susurros de una multitud asombrada. Donna bajó de la moto y se dirigió hacia un árbol, un viejo roble. Puso la mano en el tronco, pero la apartó enseguida, como si se hubiera quemado. Luego se volvió para mirarlo.

—¿Por qué me has traído aquí?

Jake bajó de la moto y, con las manos en los bolsillos del pantalón, se dirigió hacia ella, sus botas aplastando la hierba al borde de la carretera. Ahora que estaba allí, en el sitio que había recordado tantas veces, no sabía qué decir.

¿Cómo iba a admitir que el momento que habían pasado juntos en aquel sitio era el mejor de su vida? Eso sonaría patético. Un hombre adulto agarrándose a un sueño de adolescencia, a su amor de los diecisiete años.

No. No podía decirle eso. No podía decirle que ninguna otra mujer había significado nada para él. Ni siquiera podía admitir que el deseo jamás había sido tan poderoso como cuando estuvo con ella.

—Me pareció buena idea.

—No lo es —dijo Donna sencillamente—. Es... doloroso.

—¿Por qué? ¿Por lo que estuvimos a punto de hacer o porque no lo hicimos?

—Por las dos cosas.

Jake, respirando profundamente, dio un paso adelante y la tomó del brazo.

—No había dolor entre nosotros esa noche, Donna.

—Pero fue un error —insistió ella—. Y sería un error ahora.

—El único error esa noche fue que huyeras de mí.

—Ya te he dicho por qué salí huyendo. Tenía quince años y estaba asustada. Tú me dabas miedo.

—¿Yo?

—Lo que tú me hacías sentir.

—¿Y crees que yo no tenía miedo? —rió Jake suavemente—. No era mucho mayor que tú y nunca había sentido lo que sentí esa noche.

Donna cerró los ojos un momento.

—¿Por qué haces esto? Han pasado quince años. ¿Por qué ahora?

—Porque estar contigo me hace recordarlo todo otra vez. He pensado mucho en ti, Donna —admitió Jake—. He pensado en ti durante todos estos años... siempre recordando lo que podría haber habido entre nosotros. Lo que estuvimos a punto de ser el uno para el otro.

—Jake...

—Dime que tú no lo has pensado —la interrumpió él—. Dime que no has lamentado una sola vez haber salido huyendo de mí... y te llevaré a casa ahora mismo y jamás volveré a mencionarlo.

Donna tragó saliva.

—Eso no cambiaría nada.

—Ésa no es una respuesta.

—Tú sabes cuál es la respuesta —murmuró ella, mirándolo a los ojos—. Pero sigue sin cambiar nada.

—Nosotros podemos cambiarlo.

—¿Tú crees? ¿Deberíamos hacerlo?

—Ya no somos niños, Donna. No hay razón para salir corriendo. No hay razón para no hacer lo que queremos hacer.

—Claro que hay razones —protestó ella—. Demasiadas razones...

—Eso no importa —la interrumpió Jake.

—¿No? ¿Por qué?

—Entonces te deseaba. Y sigo deseándote. Eso es lo único que importa esta noche. Donna apoyó la cabeza en su pecho.

—Incluso entonces, cuando tenías diecisiete años, era imposible resistirse.

—Pues lo conseguiste.

—No fue fácil. Tenía miedo y...

—Sí, eso ya me lo has dicho. Te daba tanto miedo que saliste corriendo para encontrarte con Mac.

—Mac era un chico muy dulce. Encantador, cariñoso...

—Todo lo que yo no era? —preguntó Jake. Le dolía, pero no quería que ella lo supiese.

—No, Jake. No digas eso...

—Tú me deseabas a mí, no a Mac.

—Te deseaba, sí. Pero quería desear a Mac.

—¿Y fue así? —preguntó Jake—. Cuando estabas con Mac, ¿lo veías a él o me veías a mí, Donna? ¿Me sentías a mí?

Ella levantó la mirada.

—¿Tienes que oírlo? ¿Tengo que ponerlo en palabras para que te sientas satisfecho?

—Después de quince años, creo que merezco eso por lo menos.

—Muy bien. Era a ti a quien veía, Jake. Siempre eras tú... siempre has sido tú.

—Entonces, ¿recuerdas lo que sentimos?

—¿Cómo iba a olvidarlo?

Eso era todo lo que Jake necesitaba saber. La tomó entre sus brazos y buscó su boca, con ansia. Ella abrió los labios, dándole la bienvenida a esa dulce invasión. Tenía el pulso acelerado, su corazón latiendo a un ritmo frenético. Nunca, después de aquella noche con Jake Lonergan en medio de la carretera, había sentido algo parecido.

El apretaba su trasero con esas manos enormes, levantándola un poco, apretándola contra su entrepierna, haciéndola sentir una humedad que no podía contener. Donna enredó las piernas alrededor de su cintura y empezó a mover las caderas sin dejar de besarlo.

Habían pasado años desde que sintió aquel deseo abrumador. Años desde que se dejó llevar por esa magia que había sentido sólo una vez en los brazos de Jake. Sólo en sus sueños, cuando no podía controlar su férrea voluntad, esos recuerdos volvían a la vida. Sólo entonces, en medio de la solitaria noche, se permitía a sí misma recordar.

Había pasado quince años intentando enterrar esos recuerdos a favor de su hijo. Eric era lo único que importaba. Pero ahora, sintiendo cómo las manos de Jake la devolvían a la vida... ¿no podía permitirse una sola noche de pasión? ¿Unas cuantas horas en las que sólo fuera ella misma y sus propios deseos?

Cuando era una cría, había tenido pánico de sus sentimientos. Ahora, lo único que la asustaba era no experimentar el deseo de Jake.

Jake, que estaba bajando la cremallera de sus vaqueros. Donna echó la cabeza hacia atrás y miró el cielo mientras él metía la mano dentro de sus braguitas.

—No puedo tocarte... no llego –murmuró Jake con voz ronca.

Donna había dejado de fingir. Lo necesitaba. Necesitaba que la acariciase. Siempre había deseado hacer el amor con Jake Lonergan y aquella noche lo haría. Por fin.

Tócame —suspiró—. Tienes que tocarme... ahora.

Con un gemido ronco, Jake la dejó en el suelo y la apoyó contra el tronco de un árbol. La corteza se clavaba en su piel a través de la

delgada camiseta, pero le daba igual. Sólo le importaba el brillo de sus ojos, el calor de sus manos mientras le bajaba los pantalones. Ella misma se quitó las sandalias y dejó que la desnudara, disfrutando de la caricia del viento sobre su piel.

Le temblaban las rodillas, pero en los ojos de Jake había tal calor que eso le daba igual...

Sin embargo, en un instante la expresión de Jake cambió por completo. Se hizo más oscura.

—¿Qué?

—No llevo preservativos.

Donna soltó una risita.

—¿Jake Lonergan, el amante del peligro, el chico rebelde, no lleva preservativos en el bolsillo del pantalón?

El se pasó una mano por la cara.

—Ya no soy un adolescente excitado, rezando para tener suerte una noche.

Donna suspiró. Aquélla era su oportunidad para decir que no, para volver a casa sin que hubiera pasado nada.

—Estás a punto de tener mucha suerte —dijo, sin embargo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Si me dices que estás sano, que no tienes nada malo...

—Estoy perfectamente, te lo juro —contestó Jake, afrentado. ¿Cómo podía pensar que la tocaría de no ser así?

—Yo también. Además, tomo la píldora.

—Puede que ésa sea la mejor noticia que me han dado en toda mi vida —sonrió Jake.

—Yo pienso lo mismo —murmuró Donna, pasándose la lengua por los labios.

—Eres preciosa —dijo Jake entonces—. Incluso más guapa que entonces.

Donna se sentía preciosa. Medio desnuda a la luz de la luna, veía el ansia en sus ojos oscuros y disfrutaba al saber cuánto la deseaba.

Contuvo el aliento mientras Jake se quitaba la camiseta, mostrando un torso ancho, musculoso. Sin poder evitarlo, alargó una mano y acarició su piel, disfrutando al notar que temblaba. Luego él le quitó la camiseta y la tiró al suelo, al lado de la suya. Donna estaba completamente desnuda y sentía el placer de lo prohibido recorriéndola de arriba abajo.

Jake empezó entonces a desabrochar la cremallera de sus vaqueros y ella dio un paso adelante para echarse en sus brazos, como si fuera allí donde tenía que estar. Él la levantó y le susurró que enredase las piernas en su cintura mientras se bajaba los pantalones.

Sus ojos se encontraron mientras Jake la acariciaba sabiamente con los dedos. Una, dos veces, acarició su zona más sensible y luego, por fin, metió los dedos dentro de ella. Donna tragó aire y empezó a moverse sobre esa mano con una urgencia que no había experimentado nunca. Mantenía los ojos abiertos, mirándolo mientras él no dejaba de acariciarla.

Estremecida, se agarró a sus hombros cuando notó que empezaban las primeras convulsiones internas. Murmurando su nombre, echó la cabeza hacia atrás...

—Jake, Jake...

—Déjate llevar, cariño —musitó él—. No te preocupes, yo te sujeto.

Incapaz de controlarse más, Donna obedeció y se entregó a aquel momento, su cuerpo temblando con un placer increíble mientras Jake la apretaba fuertemente entre sus brazos para que se sintiera segura. Se relajó y fue lo que siempre había querido ser.

Salvaje.

Con Jake.

Y antes de que terminasen las sacudidas, Jake apartó la mano y colocó su duro miembro dentro de ella. Donna emitió un gemido de placer. Era más de lo que había imaginado. Más de lo que había esperado.

—Me encanta—murmuró él, enterrando la cara en la curva de su cuello.

—Ya mí... me gusta tanto.

Jake sonrió, pero la sonrisa se convirtió en una mueca de puro deseo mientras empujaba hacia arriba una y otra vez. Era tan fuerte... la levantaba con las dos manos para dejarla caer después sobre su rígido miembro. Donna se excitaba de nuevo viendo los músculos de sus brazos, las venas marcadas de su cuello...

No había nada para ninguno de los dos más allá de la carretera, de los robles, de aquella exquisita sensación de estar juntos. Estaban en un mundo aparte. Un mundo que era sólo de los dos. No quería ni pensar que ese mundo terminaría cuando saliera el sol.

A la luz de la luna, escondidos entre las ramas de los viejos robles,

encontraron la magia que habían perdido quince años atrás.

Y cuando Jake dejó escapar un ronco gemido de placer, Donna cerró los ojos y se dejó llevar de nuevo. La explosión los sorprendió a los dos, dejándolos abrazados el uno al otro, como víctimas de un naufragio.., sin saber qué iban a hacer después.

Dos horas más tarde, Jake estaba tumbado sobre la hierba con Donna encima de él. Habían hecho el amor una y otra vez, como si quisieran recuperar el tiempo perdido, hasta que ninguno de los dos podía más. Jake no recordaba una noche mejor que aquélla.

Pasó una mano por su espalda y sonrió al oírla gemir. Era mucho más de lo que había imaginado, de lo que había soñado. Pero era suya. Podía sentirlo. Y él era de Donna. Sabía que ella había compartido su pasión por completo. Pero cuando terminase la noche, saldría huyendo otra vez.

No hacia Mac.

Pero huiría de todas formas.

—¿En qué estás pensando?

—Por qué crees que estoy pensando? —sonrió Jake.

—Porque tienes el ceño fruncido.

—¿Ah, sí?

—¿Vas a contármelo o no?

—No —contestó él.

—¡Jake!

No quería contárselo. No quería decirle que temía que saliera corriendo. No quería que aquella noche terminase nunca.

—Bueno, entonces te contaré lo que yo estoy pensando —dijo Donna.

—Muy bien.

—Estoy pensando que ha sido maravilloso. Pero no puede volver a pasar —Jake soltó una carcajada—. ¿Qué? ¿De qué te ríes?

—Eso era lo que yo estaba pensando, que ibas a salir corriendo en cuanto tuvieras oportunidad.

—No voy a salir corriendo, sólo digo...

—¿Que sigo sin ser suficientemente bueno para ti?

—No es eso y tú lo sabes.

Jake se apoyó en un codo para mirarla a los ojos.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque no puedo hacer lo que me apetece. Tengo un hijo, Jake. Y

tengo que pensar en él.

—Esto no tiene nada que ver con Eric.

—Claro que sí. Soy su madre. Debería centrarme en él y no...

—¿En el sexo? —terminó Jake la frase por ella, metiendo la mano entre sus piernas.

—Eso no es justo —rió Donna, intentando apartarse—. No juegas limpio.

—¿Quién está interesado en jugar limpio?

—Por favor, Jake... esto no resuelve nada.

—A lo mejor no tiene por qué resolver nada —sonrió él, abriendo sus piernas para penetrarla de nuevo—. Donna...

Ella se colocó encima, aplastando sus pechos contra el torso masculino. Se movía con él, echando la cabeza hacia atrás, montándolo con abandono, entregándose a las sensaciones que la recorrían con cada embestida.

Jake no podía dejar de mirarla. La luz de la luna la iluminaba haciendo que pareciera un sueño.

Pero mientras lo llevaba hasta el borde del precipicio y se lanzaba al abismo con él, Jake supo que Donna era suya de verdad. Y que si ella se lo permitía, la amaría de nuevo.

Pero perderla lo mataría.

Capítulo 8

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Jake tres días más tarde, cuando Eric entró en el establo.

El chico se encogió de hombros, un movimiento que sacudió todo su cuerpo.

—Nada —contestó—. Sólo había venido a decir hola.

—¿Tu madre lo sabe?

—Le he dejado una nota.

Jake asintió con la cabeza.

—Una nota que no verá hasta que vuelva de trabajar, claro.

—Sí, bueno —Eric le regaló una media sonrisa tan parecida a la de su padre que Jake se quedó sin aliento—. No quiere que te vea a solas —admitió luego—. Le preocupa que seas una mala influencia para mí.

—¿Tu madre ha dicho eso?

—No. Bueno... oí que se lo decía a mi abuela.

Perfecto.

Una mala influencia.

Aparentemente, nada se había solucionado entre los dos. Incluso después de hacer el amor. Habían pasado tres días desde que Donna y él habían tenido su largamente prometida noche. Tres días y no había vuelto a tener noticias de ella. Había llamado a su casa varias veces, había dejado mensajes, había hablado con su madre... y nada.

Era como si la mujer con la que había pasado esa noche hubiera desaparecido... como desapareció quince años antes.

Mirando a su primo pequeño, Jake intentó contener su frustración. Pero no era fácil. Entendía por qué Donna se comportaba así. Si él tuviera un hijo de quince años seguramente tampoco querría que emulase su forma de vida.

Pero Jake nunca había tenido una razón para vivir de otra manera. Además de su abuelo y sus primos, no tenía más familia. Nadie lo esperaba en casa, nadie dependía de él para nada. ¿Por qué no iba a participar en carreras? ¿Por qué no iba a aceptar riesgos que hombres con hijos no aceptarían nunca?

Con el ceño arrugado, apartó a un lado esos pensamientos y se concentró en el chico, que lo miraba como esperando algo.

—¿Te gustan las motos?

Eric volvió a sonreír. Iba a costarle un poco acostumbrarse a ver de nuevo la sonrisa de Mac, pensó Jake.

—Sí, pero no sé nada de motores.

—Yo podría enseñarte.

Aunque a Donna no le haría ninguna gracia, por supuesto.

—¿De verdad? —el chico se iluminó como una bombilla—. Eso me gustaría mucho. Seguramente mi madre no me dejaría, pero...

—Yo hablaré con ella —lo interrumpió Jake. Palabras valientes, pensó luego.

—¿En serio?

Jake asintió.

—Pero antes ve a la cocina y llama a tu madre para decirle que estás aquí.

Eric metió las manos en los bolsillos del pantalón vaquero... cinco tallas más ancho de lo normal.

—Me dirá que vuelva a casa.

—Yo hablaré con ella.

—Bueno.

—Son dos dólares por tres días de alquiler —estaba diciendo Donna, mientras guardaba el DVD en una bolsa.

Cuando la cliente salía de la tienda sonó el teléfono.

—Dígame.

—Hola, mamá. Sólo quería decirte que estoy en casa del abuelo y que Jake me deja que lo ayude a arreglar una moto...

—Eric...

—Jake quiere hablar contigo, mamá —la interrumpió el chico.

—Hola.

—Hola —Donna cerró los ojos, olvidándose de los chavales que estaban en la sección de Terror... con toda la pinta de estar haciendo algo malo.

No quería pensar en esa noche... aunque no había dejado de pensar en ella durante esos tres días. Pero había hecho lo que debía hacer: mantener las distancias con Jake. Porque estar a solas con él otra vez sólo haría que la inevitable despedida fuese más dolorosa.

No había futuro con Jake Lonergan.

Ella no quería un futuro con Jake Lonergan.

Jake era todo lo que había evitado durante toda su vida: vivir al

borde del peligro, sin compromisos, sin reglas, sin obligaciones.

Incluso de niña había sabido lo que quería: una familia, un hogar.

Y Jake no era un hombre interesado en ese tipo de cosas.

De modo que lo mejor era alejarse de él, se repitió mentalmente... por enésima vez. Aunque echaba de menos sus besos. ¡Cómo los echaba de menos!

—¿Donna?

—Sí, estoy aquí. Pero ahora mismo no puedo hablar.

—Muy bien. Eric va a estar aquí un par de horas. ¿Por qué no vienes después de cerrar la tienda?

Los chavales se dirigían a la puerta sin pasar por el mostrador y eso despertó sus sospechas.

—Muy bien. Pero vamos a tener que hablar de esto seriamente, Jake.

Colgó después, enfadada con él y con ella misma.

—¿Dónde vais?

Los chicos no se atrevían a mirarla.

—Dadme la película —dijo Donna, alargando la mano.

Uno de los chicos, el más alto, la miró entonces.

—¿Va a llamar a la policía?

—No —contestó ella—. Voy a llamar a vuestras madres.

—Oh, no...

—Tú eres idiota —lo acusó el otro, dándole el DVD a Donna—. Ya te dije que no lo hicieras.

Ella sacudió la cabeza. Eran un poco más jóvenes que Eric, de modo que no pensaba llamar a la policía. Sin duda estaban intentando ver hasta dónde podían llegar y ahora sabían que las acciones tienen consecuencias. Algo que ella había aprendido a los quince años.

Donna señaló el teléfono y le dio el auricular a uno de ellos.

—Marca el teléfono de tu casa.

Y luego intentó no sonreír mientras el chico, suspirando como si estuviera despidiéndose de la vida, empezaba a marcar.

Cuando llegó al rancho Lonergan dos horas más tarde, el sol empezaba a ponerse en el horizonte. Y nada más salir del coche fue recibida por una estrepitosa carcajada masculina.

¿Cómo iba a evitar que Eric fuese al rancho? ¿Cómo iba a evitar que se reuniera con su familia? Evidentemente, le gustaba estar con

sus primos y su abuelo. Y era lo más lógico en un crío de su edad.

¿Estaba ella siendo un obstáculo para la felicidad de su hijo?, se preguntó entonces. ¿Estaba intentando evitar que Eric se relacionara con los Lonergan por él o para ahorrarse problemas? Era porque no confiaba en sí misma cuando estaba con Jake o intentaba de verdad proteger a su hijo?

Cooper estaba contando algo cuando entró en el establo y se detuvo en el umbral para no molestar.

—Así que Jake decidió que la lavadora de la abuela iba demasiado lenta y que mientras los abuelos cenaban fuera tu padre y él la arreglarían.

—No le hagas caso, Eric —protestó Jake—. Eso son tonterías.

—Sí, sí, tonterías —siguió Cooper.

—¿Y qué pasó? —preguntó Eric.

—Que tu padre y Jake sacaron el motor de la lavadora y volvieron a colocarlo en su sitio.

—¿Y la habían arreglado?

—Desde luego que la habían arreglado —rió Cooper.

—Fue culpa de Mac —sonrió Jake, con una cerveza en la mano—. Pero ya le dije que había puesto demasiado aceite.

—A la mañana siguiente la abuela tenía que hacer la colada... y la lavadora iba a tal velocidad que se separó de la pared, fue bailando por toda la cocina hasta el salón, arrancó la goma que la conectaba a la cañería llenándolo todo de agua... y la abuela dando alaridos porque pensaba que era un fantasma...

Eric soltó una carcajada tan alegre que a Donna se le encogió el corazón.

—La abuela chillando, el abuelo gritando más todavía, la cocina y el salón llenos de agua... —siguió Cooper, muerto de risa—. Sam y yo estábamos disfrutando del espectáculo, pero Jake y tu padre salieron corriendo hacia el lago porque sabían la que se les venía encima.

—¿Y el abuelo los castigó?

Donna entró en el establo entonces.

—Tu padre y Jake tuvieron que limpiar la casa de arriba a abajo. Y luego tuvieron que ayudar a Jeremiah a instalar una lavadora nueva. Durante el resto del verano, ellos fueron los encargados de hacer la colada de todo el mundo.

—Hola, Donna —la saludó Sam.

—Hola —dijo Cooper—. Estás más guapa cada día.
—Ya —sonrió ella, volviéndose hacia Jake.
Jake la saludó con la cabeza y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no abrazarlo. Tarea nada fácil.
—Bueno, ¿qué estáis haciendo?
—Contando historias de Mac mientras Eric ayuda a Jake con su moto —contestó Cooper.
—Como en los viejos tiempos —suspiró Sam—. Jake y Mac siempre estaban trabajando en algo... o destrozando algo.
—A mi padre se le daban bien estas cosas, ¿verdad?
—Se le daban estupendamente. Iba a estudiar en el Instituto de Tecnología de Massachusetts... es el mejor del mundo para estudiar Ingeniería, en Harvard —dijo Jake—. Tenía una ilusión...
Los tres primos se miraron, tragando saliva.
—Era muy inteligente —asintió Donna para romper el silencio—. Como tú.
—Sí, pero yo no quiero ir a la universidad —dijo el niño.
—Sí, pero vas a ir —replicó su madre.
—Desde luego que sí —asintió Jake.
—Tienes que ir a la universidad, chaval —intervino Cooper.
—Tu padre habría querido que fueras –dijo Sam.
Eric miró de uno a otro, sorprendido y aparentemente enfadado.
—Eso lo decidiré yo. Si no quiero ir, no tengo por qué ir.
—Eric...
—No, mamá, ya te lo he dicho. No tengo por qué ir a la universidad. Puedo hacer otras cosas.
—Bueno, vamos a dejarlo por el momento —contemporizó su madre.
Había estado ahorrando para la educación de su hijo desde que nació. No tenía mucho, pero siempre se podía pedir una beca o un préstamo estudiantil. Haría lo que tuviera que hacer, pero su hijo iba a ir a la universidad. Ella no había ido, pero Eric tendría todas las oportunidades.
Desgraciadamente, Eric sabía que no tenían mucho dinero y había decidido el año anterior que no iba a hacer una carrera. Era una discusión que llevaban meses manteniendo y una que Donna tenía la intención de ganar. Pero no pensaba hablar del asunto delante de los Lonergan.

—Jake no fue a la universidad y mira qué bien le va —dijo su hijo entonces.

—No me uses como ejemplo, chaval —protestó él.

—No vamos a seguir hablando de esto ahora, Eric —le advirtió su madre, mirándolo con esa severa expresión que solía dejarlo con la boca cerrada.

—Donna —intervino Sam entonces—. Maggie está haciendo pollo para cenar. ¿Por qué no os quedáis?

Donna abrió la boca para decir que no, pero Eric se volvió hacia ella mirándola con cara de pena... Tenía que aceptar, pensó.

—De acuerdo.

No había dicho que sí sólo por Eric, debía reconocer. También lo había hecho para estar un rato más con Jake. Era absurdo mentirse a sí misma. Y como no podía estar a solas con él porque no confiaba en sí misma, cenar con toda la familia era la mejor solución.

—Voy a llamar a mi madre para decirle que no haga cena.

—¡Yo llamo a la abuela! —gritó Eric, corriendo hacia la casa.

—Donna, sobre lo de la universidad... —empezó a decir Jake.

—Eso no tiene por qué preocuparte —lo interrumpió ella—. A ninguno de vosotros. Agradezco que os pongáis de mi lado, pero es mi hijo y yo me encargaré de convencerlo.

—También es hijo de Mac —se atrevió a decir Sam.

—Y hemos pensado que, de alguna forma, representamos los intereses de su padre —dijo Cooper entonces.

—Pues habéis pensado mal —replicó Donna, furiosa—. Yo tomo las decisiones que conciernen a mi hijo. Yo, sólo yo. Como siempre.

—Pero ya no estás sola, Donna —objetó Jake.

—Mirad, de verdad os agradezco que queráis ayudar, pero no necesito vuestra ayuda. Admito que es bueno para mi hijo que haya algún hombre en su vida, una figura masculina. Y tiene que saber cosas sobre su padre... pero no le debéis nada a Eric. Nada más que afecto, quiero decir.

—Te equivocas –protestó Jake—. Se le debe lo que habría sido de Mac.

—¿Qué quieres decir?

—Ese último verano... a Mac y a mí se nos ocurrió una idea para un motor. No hace falta ser específico...

—Ah, no sabes cuánto te agradecemos que no seas específico sobre

un motor… por una vez en la vida —bromeó Cooper.

—Cállate, idiota —lo regañó Jake—. El caso es que inventamos un artefacto para los motores de las motos de carreras. Mejora el funcionamiento y gasta menos gasolina. Luego, con la ayuda de Jeremiah y de nuestros padres, vendimos la idea a una compañía…

—Lo que intenta decir —lo interrumpió Sam es que el dinero que ganan por ese artilugio que inventaron… es una cantidad muy seria.

—¿Y qué? —preguntó Donna.

—Pues que una parte de ese dinero era de Mac —respondió Jake—. Hasta ahora donábamos los beneficios anuales a alguna organización benéfica como Cruz Roja o Unicef. Pero ahora que sabemos de la existencia de Eric… queremos que ese dinero sea para él.

Capítulo 9

Donna se quedó helada. No podía creer que unos minutos antes hubiera estado dispuesta a dejar que su hijo mantuviese una relación familiar con los Lonergan. Los tres estaban mirándola, esperando una reacción.

Y no pensaba defraudarlos.

—A ver si lo entiendo... cada año, le das la parte del dinero que correspondería a Mac a alguna organización benéfica.

—Eso es —sonrió Jake.

—¿Y ahora nosotros somos tu nueva organización benéfica?

La sonrisa de Jake desapareció de repente.

—Yo no he dicho eso.

—Claro que lo has dicho. Hasta ahora ese dinero iba a parar a alguna organización benéfica y ahora que conoces la existencia de Eric, quieres darle el dinero a mi hijo...

—Sabía que meterías la pata —murmuró Cooper.

—¿Yo? —exclamó Jake, furioso—. Yo sólo he dicho... ¿qué he hecho mal? No entiendo nada.

—Pues deja que yo te lo explique —se ofreció Donna, intentando contener su ira—. Nosotros no somos una causa benéfica, Jake Lonergan. Mi hijo y yo no necesitamos tu dinero, nos va perfectamente. Siempre nos ha ido perfectamente sin vosotros.

—Yo no he dicho que estuvierais necesitados. Sólo he dicho...

—Mejor que no vuelvas a decirlo —lo interrumpió ella.

—Esto no está yendo como habíamos planeado —murmuró Cooper.

—¿Tú crees? —murmuró Jake, irónico.

—Bueno, Coop, creo que sería mejor que tú y yo nos fuéramos —sugirió Sam—. Jake y tú podéis hablarlo a solas... os vemos en casa cuando hayáis terminado.

Ella ni siquiera se molestó en mirarlos. No dejaba de mirar a Jake, echando chispas por los ojos.

—¿Cómo has podido decir eso? —le espetó cuando estuvieron solos —. ¿Creías que yo diría que sí?

—Donna, por favor... lo has entendido mal. O yo me he explicado mal...

—No, no, tú has sido muy claro.

—Aparentemente, no.

—Sí lo has sido. Ahora que conoces la existencia de Eric, vas a convertirlo en tu proyecto benéfico privado…

—¿Qué?

—Pues no, gracias. No es eso lo que mi hijo necesita de su familia.

—No es un proyecto benéfico, por favor —exclamó Jake—. Es lo justo, lo que le corresponde.

—¿Crees que Eric vino a veros porque quería dinero?

—¿Quién ha dicho eso? Yo no, desde luego. ¿Por qué te pones así? Yo sólo estoy diciendo que el chico tiene derecho al dinero que genera la venta de ese producto… Desde que nos enteramos de la existencia del hijo de Mac, Sam, Cooper y yo decidimos que Eric tendría ese dinero porque le corresponde, sencillamente. Mac ya no está con nosotros, pero su hijo sí.

—Sí, pero…

—Por favor, escúchame —la interrumpió Jake, tomándola del brazo.

—Muy bien —suspiró Donna.

—Eso es lo que Mac habría querido. Querría que su hijo heredase su dinero, como cualquier padre. ¿Eso es lo que habría querido Mac o no, Donna?

—Sí, bueno…

Era cierto, pero no resultaba más fácil aceptarlo.

—Así que queremos que Eric sea uno más de los socios… en nombre de Mac.

—Entiendo —dijo Donna por fin—. Pero, ¿cómo puedo aceptar eso cuando me he pasado catorce años enseñando a Eric que cada uno debe defenderse por sí solo en la vida?

—De todas formas tendrá que defenderse solo en la vida, Donna. El dinero sólo es una ayuda por si te pasa algo.

—No sé…

—Al menos, deja que pongamos ese dinero en una cuenta a su nombre. Estará ahí cuando tenga que ir a la universidad… o para cualquier cosa que necesite más adelante.

La idea de enviar a Eric a una buena universidad sin tener que preocuparse por el dinero era demasiado tentadora. Y si estaba en una cuenta a nombre de su hijo, ella no tendría que tocarlo en absoluto. Los Lonergan no la mantendrían.

—Muy bien, de acuerdo. Pero... con una condición.
—¿Cuál? —suspiró Jake.
—El dinero se usará sólo para la universidad. El resto irá a un fideicomiso a su nombre y sólo podrá utilizarlo cuando cumpla treinta años.
—Muy bien. Pero Donna... mira, sé que lo haces por su bien, pero deberías tener cuidado.
—¿Qué quieres decir?
—No te pongas así, aún no he dicho nada. Sólo es un consejo, acéptalo o no, es cosa tuya.
—Dime —suspiró Donna.
—Es que... tras la muerte de mi padre, mi madre intentó protegerme a toda costa y eso se volvió contra ella. Yo me rebelaba siempre que podía. Me alisté en los Marines cuando terminé el instituto sólo para poder vivir mi vida.
—Me acuerdo.
—Pues eso es lo que digo. A veces, cuando uno intenta proteger a alguien demasiado.., le sale el tiro por la culata. Si mi madre me hubiera dado un poco más de libertad, yo no me habría rebelado. Y no me gustaría que eso le pasara a Eric... o a ti.
Donna asintió con la cabeza.
—Sé que lo dices con la mejor intención, pero tú no eres el padre de Eric.
—Estuve a punto de serlo —le recordó Jake.
—Nunca vas a olvidar esa noche, ¿verdad?
—No puedo olvidarla, Donna. Aunque admito que la noche que pasamos juntos hace poco es un recuerdo mucho mejor —Jake hizo una pausa—. Te he echado de menos.
—Jake... —Donna cerró los ojos y los abrió inmediatamente. Sabía lo que pasaba cada vez que cerraba los ojos. Cosas que no debían pasar—. No deberías decir eso.
—No, es verdad, deberíamos dejar de hablar tanto —asintió él.
—No me refería a eso...
—Lo sé, lo sé —rió Jake.
—No pensaba volver a verte —dijo Donna entonces—. A solas, quiero decir.
—Ya me lo imaginaba —murmuró él, tirando de su mano para aplastarla contra su pecho.

—Pero tenía que volver a verte.
—Eso esperaba yo.
—Pero esto no puede ser, Jake.
—Somos adultos, Donna. ¿Por qué no puede ser?
—Hablas como si fuera absolutamente razonable...
—Porque lo es. Además, veo que estamos haciendo progresos. Hace un par de días era un peligro, ahora soy razonable.
—¿Cómo es posible que siempre le des la vuelta a todo? Te lo juro, Jake, a veces no sé qué pensar.
—Porque siempre complicas las cosas. Todo debería ser más sencillo.
—No, Jake. Lo que pasa es que yo sé cuáles son las consecuencias cuando uno hace algo sin pensar... y tú no quieres ver más allá del presente.
—La gente cambia.
Su madre le había dicho eso mismo unos días antes. Y ella contestó de la misma forma:
—No, en realidad nadie cambia.
—Donna...
Ella apoyó la cara en su torso, sintiendo los latidos de su corazón.
—Da igual Por el momento esto es lo único que importa. Me preocuparé de las consecuencias más tarde.
—Me conmueves —murmuró él, besando su cuello—. Me conmueves hasta lo más hondo.
—Cállate, Jake —musitó ella, buscando sus labios.
—¡Mamá! —oyeron un grito entonces. Los dos se apartaron a toda velocidad mientras se abría la puerta del establo—. ¡La abuela ha dicho que va a salir con Mike, así que podemos quedarnos y pasarlo bien!
Donna tuvo que contener una risita. Para Eric, la jefa era su abuela, evidentemente.
—Muy bien, hijo.
Eric salió corriendo de nuevo y Donna se volvió hacia Jake.
—¿Lo estás pasando bien? —le preguntó él.
—Sí, muy bien.
Al infierno con las consecuencias, pensó, buscando sus labios de nuevo.

Durante la semana siguiente, Jake y Donna estuvieron haciendo una especie de baile de cortejo que los mantenía a los dos al borde de la locura. Pero nunca parecían encontrar el momento para estar a solas. Las familias no dejaban de molestar. Cuando no eran los Lonergan, era su madre. Algún beso robado era todo lo que podían darse... y Jake no dejaba de pensar en lo que harían en cuanto pudieran estar solos.

Mientras tanto, Eric y él pasaban mucho tiempo juntos. Y cuanto más tiempo estaba con él, más veía al chico por lo que era y no sólo como reflejo de su padre.

Pero la sensación de culpa no desaparecía. Cada momento que pasaba con él era un momento que le robaba a Mac.

Morir a los dieciséis años había evitado que viviera su propia vida, que se convirtiera en un gran ingeniero, que viese crecer a su hijo...

—Mi madre me ha dicho que estuviste en los Marines.

—¿Qué? —Jake parpadeó, perdido en sus pensamientos.

—Que mi madre me ha dicho que estuviste en los Marines.

—Ah, sí, es verdad. Seis años.

—¿Y te gustaba?

—Sí, mucho.

—¿Tú crees que yo podría ser un marine?

Jake miró al chico, pensativo. Con el flequillo cayendo sobre la frente parecía un niño.

—Sí, creo que sí. Pero si te apuntas después de haber ido a la universidad, podrías entrar como oficial.

Eric apartó la mirada.

—No quiero ir a la universidad.

—¿Por qué? A tu padre le habría gustado.

—Pero mi padre no está aquí, ¿no?

—No, desde luego que no —murmuró Jake.

¿Durante cuánto tiempo iba a pagar por aquel verano? ¿Cuánto tiempo iba a vivir con aquella sensación de culpa?

—Mi padre era listo, ¿verdad?

—Desde luego que lo era.

—Mi madre siempre habla de él.

—¿Y qué te dice?

—Que era muy inteligente. Más que los demás.

—Es cierto —asintió Jake.

—Bueno, pues yo no lo soy —dijo Eric entonces, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón—. Yo no soy tan listo como él y por eso no voy a ir nunca a la universidad.

Jake miró al chico y vio un gran dolor reflejado en sus facciones. Era como si Mac hubiera dejado una marca en todos los Lonergan. Incluso en Eric, que no lo había conocido.

—No tienes que ser como tu padre. Si él estuviera aquí, te diría lo mismo.

—¿Tú crees?

—Claro.

—Entonces, no quiero ir a la universidad.

Jake suspiró. Discutir con aquel chico era como caminar en círculos. No se llegaba a ninguna parte.

—Puede que cambies de opinión con el tiempo.

—Eso es lo que dice mi madre, pero no voy a cambiar de opinión.

—Eric, tienes mucho tiempo para decidirte. No tienes por qué pensar en ello ahora.

—Tú no fuiste a la universidad.

—No, es verdad.

—Y te va bien.

—Sí, pero fue más difícil de lo que debería haber sido. De hecho, lamento mucho no haber estudiado.

—¿Por qué?

Jake suspiró. Sam o Cooper deberían tener esa conversación con Eric, pero sabía que no había escape.

—Me habría gustado estudiar con otros chicos de mi edad, por ejemplo. Y si hubiera estudiado ingeniería no habría tardado tanto en aprender a hacer las cosas. No tiene sentido hacer que la vida sea más dura de lo que debería. La universidad es algo que todo el mundo necesita... sobre todo ahora, cuando la mayoría de la gente tiene una carrera.

—Le habéis dado dinero a mi madre para pagar la universidad, ¿verdad?

Era una acusación, no una pregunta.

—Así es. El dinero era de Mac y ahora es tuyo.

—No lo quiero —dijo Eric entonces, levantando la cabeza con gesto de desafío—. Antes no quería ir a la universidad y no voy a ir sólo porque tenga el dinero. Además, pensaba que a lo mejor convencía a

mi madre...

Jake soltó una risita.

—¿Convencer a tu madre? Habría que ser un genio para eso, chico.

—Yo no soy mi padre. A él le gustaba el colegio, a mí no. Y no soy tan listo como él.

—Eso no lo sabes.

—Sí lo sé. No quiero ir a la universidad y suspender.

—¿Suspendes en el colegio? —preguntó Jake.

—No, pero...

—¿Entonces? ¿Por qué crees que suspenderías en la universidad?

Eric apartó la mirada.

—Es que no quiero que los demás decidan por mí.

—No vamos a decidir por ti, Eric. Sólo vamos a darte una oportunidad, para que puedas elegir por ti mismo más adelante. Para hacer lo que Mac habría querido que hicieras.

—Mi padre está muerto —insistió el chico, con los ojos llenos de lágrimas—. Yo no soy como él.

—Nadie piensa eso, Eric. Nosotros sólo queremos...

—¡Yo no soy listo como él! No puedo ser él y no puedo ser lo que vosotros queréis que sea.

Antes de que Jake pudiera decir algo más, Eric se levantó, tomó su bicicleta y salió pedaleando del establo.

—Perfecto —murmuró Jake. Lo estaba haciendo estupendamente, desde luego. No sólo mantenía una aventura con la antigua novia de Mac, sino que había encontrado la manera de contrariar a su hijo.

Jake se pasó una mano por el pecho, como si pudiera físicamente aliviar el dolor que sentía dentro.

Seguramente lo mejor para todos sería que se fuera de allí y no volviese nunca.

Capítulo 10

Cuando la moto de Jake se detuvo delante de la casa, el rugido del motor la hizo sentir un escalofrío.

Su pulso se aceleró, su corazón se aceleró, su respiración se aceleró...

Apartando la cortina de encaje blanco, Donna se llevó una mano al corazón para intentar tranquilizarse. Pero al verlo bajando de la moto y quitándose el casco, su pulso se aceleró aún más.

—Ay, por Dios —murmuró al ver que se acercaba al porche.

No estaba allí para cenar, no era una cita. Había ido porque ella lo había llamado cuando Eric llegó a casa. Su hijo estaba muy disgustado y no quiso contarle lo que había pasado. Pero tenía que haber pasado algo.

Había llamado a Jake en cuanto Eric se marchó a casa de su amigo Jason. Era irritante admitir que necesitaba ayuda para descubrir qué pasaba con su hijo, pero si alguien lo sabía sería el hombre con el que pasaba más tiempo últimamente. Y Jake no había tardado más de quince minutos en llegar allí.

Donna abrió la puerta y se quedó callada, mirándolo. Probablemente no había sido buena idea ya que estaban solos. Su madre había salido con Mike y con Eric durmiendo en casa de Jason... no habría nadie que pudiese detenerlos.

—Entra, por favor.

—¿Dónde está tu madre?

—Ha salido con su novio.

—¿En serio? ¿Son novios?

—Eso parece.

—Me alegro por ella —sonrió Jake—. ¿Y Eric?

—En casa de Jason.

—En ese caso, me alegro de que hayas llamado.

—Pero no he llamado para... bueno, ya sabes.

—Muy bien —sonrió Jake, acariciando sus brazos—. Entonces, ¿para qué me has llamado?

—Quiero saber qué ha pasado con Eric —contestó Donna—. Cuando llegó a casa estaba muy disgustado, pero no quiso decirme por qué.

Jake bajó las manos, suspirando.

—Me parece que la idea de ir a la universidad lo asusta.
—Pero si todavía está en el instituto.
—Lo sé, pero igual que su madre, es un chico que siempre tiene el futuro muy presente.
Donna dejó escapar un largo suspiro.
—Yo no quiero que tenga miedo. Quiero que esté emocionado, entusiasmado... por fin puede ir a la universidad que quiera, el dinero ya no es un problema...
—Le da miedo fracasar —dijo Jake entonces.
—¿Por qué? Pero si es un niño listísimo.
—Debe ser culpa nuestra—respondió Jake—. Le hemos dicho mil veces lo listo que era Mac... y ahora el pobre cree que no podrá estar a la altura de su padre.
—Oh, no...
—Lo siento. Pensábamos que se alegraría de saber que su padre era un chico tan inteligente, pero al final hemos metido la pata.
—Yo sólo quiero que sea feliz —murmuró Donna.
—Y él lo sabe. Lo que pasa es que está confuso, raro... tiene catorce años. Es una edad muy mala, ya sabes. Pero todo saldrá bien, seguro.
—Eso espero. Gracias por decirlo, de todas formas.
—Me alegro de haber podido ayudar —sonrió Jake, apretando descaradamente su trasero—. ¿Puedo decir... o hacer algo más por usted, señora?
No debería.
Donna sabía bien que hacer el amor con Jake sólo añadía gasolina a una hoguera imposible. Pero cada vez que la tocaba, cada vez que lo tenía cerca, sencillamente no podía apartarse. Necesitaba sentirlo dentro de ella, perder la cabeza durante unas horas.
—Puede que haya una o dos cositas —sonrió poniéndose de puntillas para besarlo.
Un beso. Dos. Tres. Cada uno más apasionando que el anterior.
—Te he echado de menos –dijo Jake con voz ronca.
—Yo también a ti.
Jake tomó su boca con fiereza, como para demostrar cuánto la había echado de menos.
—Vamos a tu habitación. Ahora mismo.
—Ahora —asintió ella, tirando de su mano para llevarlo hacia la escalera. Una vez dentro de la habitación, Jake cerró la puerta y, sin

esperar un segundo, empezó a quitarle la camiseta.

—Llevas demasiada ropa.

Mientras ella se quitaba el pantalón, Jake se libraba de las botas y la camisa. Cuando quedó desnudo del todo, se acercó a ella, sonriendo. Donna tembló al ver aquel cuerpo tan masculino, tan musculoso, tan preparado. Lo deseaba como no había deseado nada en la vida. Y una parte de ella se preguntaba, mientras Jake la tumbaba en la cama, por qué ese deseo parecía crecer cada día.

Luego dejó de pensar y se concentró en sentir.

La luz de la luna entraba por la ventana de su habitación de niña, brillando en los ojos de Jake y en su piel bronceada. El aroma a jazmines llenaba la habitación.

Jake se puso de rodillas sobre ella y empezó a acariciarla, metiendo la cabeza entre sus muslos.

—Espera...

—Calla... sólo quiero saborearte.

—Pero...

Donna observó, atónita, cómo levantaba sus caderas con las dos manos y enterraba la cara entre sus piernas. Tuvo que agarrarse al cabecero para no desmayarse de placer al sentir el roce de su lengua en su parte más íntima...

Pero no podía dejar de mirarlo, no podía apartar los ojos mientras sentía el roce de su lengua.

—Jake...

El sonrió, lamiéndola de nuevo. Sus labios, su lengua, incluso sus dientes se dedicaron a darle placer hasta que tuvo que restregarse contra el edredón mientras él la atormentaba, mientras la llevaba al borde del orgasmo con su boca. Por fin, Jake la llevó hasta el abismo y ella se dejó caer con un grito ahogado mientras los espasmos se apoderaban de su cuerpo.

Cuando la dejó de nuevo sobre el edredón, estaba agotada. No podía respirar del todo y en parte le daba igual. ¿Quién necesitaba respirar cuando se podía tener eso?

Luego Jake se tumbó sobre ella, sujetándose con los brazos para no aplastarla. Le encantaba sentir el peso de su cuerpo, le encantaba cómo se deslizaba arriba y abajo, el roce del vello de su torso contra su piel, el calor de su aliento...

Oh, no.

Estaba enamorada de él.

Donna apretó los labios mientras Jake la penetraba. Miró sus ojos oscuros y en ellos vio una sencilla verdad: siempre había querido a Jake Lonergan.

Había intentado no hacerlo.

Había querido a Mac, pero de otra manera.

Pero era Jake quien tocaba su alma.

Jake quien la hacía sentir viva con un solo roce.

Jake el que la hacía reír un minuto y la ponía furiosa al siguiente.

—¿Donna? —la llamó él, quedándose quieto, hundido dentro de ella hasta el fondo—. ¿Pasa algo?

—No —contestó Donna—. No pasa nada, estoy bien.

—Me alegro. Porque aún no hemos terminado.

—Haz que lo sienta todo, Jake —susurró ella, acariciando su cara —. Lléname hasta arriba para que no pueda hablar.

Jake arrugó el ceño.

—¿Seguro que no pasa nada?

—Seguro —mintió Donna, empujándolo para colocarse encima.

—¿Qué haces?

—Controlarte —rió ella. Se colocó sobre Jake, como había hecho esa primera noche, concentrándose en sentirlo dentro. Jake levantó las manos y acarició sus pechos, apretando sus pezones con dos dedos. Ella lo miraba a los ojos mientras se movía, levantando y bajando las caderas, creando una fricción que amenazaba con hacerlos explotar a los dos.

Y cuando Jake no pudo soportar más ese tormento, bajó una mano hasta el punto en el que sus cuerpos se juntaban. Usando los dedos, la acarició mientras se movía arriba y abajo hasta que la oyó jadear...

Donna se inclinó sobre él para besarlo mientras se dejaba ir, sin aliento, respirando de su boca. Jake pronunció su nombre mientras juntos caían al otro lado del mundo...

Cuando Jake volvió al rancho, faltaba una hora para el amanecer y el cielo empezaba a iluminarse. Debería estar agotado, pero no lo estaba en absoluto.

Donna y él habían pasado horas haciendo el amor... de todas las maneras posibles. Pero en lugar de estar cansado, se sentía más vivo que nunca. Y eso lo preocupaba.

Apagó el motor para no despertar a nadie y bajó de la moto. Se quedó un momento parado en medio del establo mientras dejaba el casco sobre el asiento, pensativo...

—¿Llegas ahora?

Jake se volvió al oír la voz de Sam.

—Ah, hola. ¿Qué haces levantado tan temprano?

—Jenny Fowler se ha puesto de parto.

—¿Jenny, la chica de las pecas?

—Ahora tiene veinticinco años —rió Sam—. Y aún tiene pecas, pero ya es toda una mujer. —Dios, qué viejos somos.

—Y eso me devuelve a mi pregunta. ¿Llegas ahora?

—No creo que sea asunto tuyo.

—No, pero te lo pregunto de todas formas.

—Déjame en paz, Sam.

—Relájate, hombre. Me alegro por ti. Donna y tú hacéis buena pareja.

Sí, eso era cierto. Pero no hacía las cosas más fáciles, al contrario.

—No estamos juntos.

—¿Ah, no?

—No de la forma que tú crees. No como a él le gustaría.

—¿Por qué no? —preguntó Sam.

—;No tenías que ir a un parto? —le espetó Jake.

Su primo hizo un gesto con la mano.

—Es el primero. Le he dicho que se vaya al hospital porque su marido está sufriendo un ataque de nervios, pero aún tengo mucho tiempo.

—¿Y eso?

—Sólo tiene dolor de contracciones cada veinte minutos.

—Ya, bueno. En fin, yo me voy a la cama.

—Sigues huyendo?

—¿Cómo?

—Te pregunto si sigues huyendo.

—No sé qué quieres decir.

—Sí lo sabes, Jake. Huiste de tus sentimientos por Donna hace quince años y sigues haciéndolo.

—Tú quién eres, ¿la señora Francis?

Sam soltó una carcajada, jugando con una botella de agua que llevaba en la mano.

—No, pero reconozco los síntomas. Yo tardé algún tiempo en darme cuenta de que estaba enamorado de Maggie y estuve a punto de perderla. Porque era demasiado idiota como para admitir la verdad.

—¿Y cuál era esa verdad?

—Que estaba enamorado de ella —sonrió Sam—. Pensé que no merecía ser feliz. Estaba tan ocupado sintiéndome culpable por lo que le pasó a Mac que no me daba cuenta de que mi propia vida se me estaba escapando entre las manos.

—No fue culpa tuya —suspiró Jake.

—Ni tuya —dijo su primo—. Eras tú el que quería que nos tirásemos para sacarlo del agua.

Jake sacudió la cabeza, la vieja culpa clavándose un poco más en su alma. Durante años había dejado que todos pensaran que había querido tirarse a buscar a Mac por miedo a que le hubiese ocurrido algo. Nunca le había dicho a nadie la verdad, pero tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo antes de que la culpa se lo comiera vivo.

—No porque estuviera preocupado por él —dijo de repente—. Sólo quería tirarme por Mac para que no me ganase. No quería que batiera mi récord.

Sam se quedó mirándolo, en silencio. Y, por fin, después de tantos años, Jake sintió que las palabras fluían de él como si las hubiera guardado dentro demasiado tiempo y quisieran abrirse paso a toda costa...

—Estaba tan celoso de Mac que no podía ver nada —admitió, con amargura—. El lo tenía todo. Vivía en Coleville todo el año, tenía a su padre y a su madre. Tenía cerebro. Y tenía a Donna.

—Jake...

—¡No! —él levantó una mano para hacerlo callar—. Sé que era una estupidez, pero le tenía envidia. Y ese día, cuando pensé que iba a batir mi récord... algo que yo creía mío y nada más que mío... no quería que lo hiciera. Y mientras estaba en el risco pensando en mi estúpido récord, Mac se estaba muriendo.

—Pero nosotros no lo sabíamos. No podríamos haber hecho nada.

—Eso da igual. Mac murió y yo paso tiempo con su hijo, me acuesto con su ex novia... No puedo hacerle eso, Sam. Tengo que irme de aquí. Esta misma noche.

—Le dimos la palabra al abuelo de que estaríamos aquí todo el verano.

—Lo sé, pero...

—Jake, ¿de verdad crees que eres el único que tiene problemas para lidiar con lo que pasó aquel día? ¿Crees que eres el único que se siente culpable?

—No, pero...

—Huir de lo que sientes por Donna no servirá de nada. Estarás huyendo siempre, pero seguirás en el mismo sitio —lo interrumpió Sam, poniendo una mano en su hombro—. Tienes que hablar con Mac.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Tienes que hablar con Mac. —¿De qué estás hablando? Mac ha muerto. —Pero sigue allí, porque ninguno de nosotros lo ha dejado ir.

Quizá tenía razón. ¿No había sentido él mismo la presencia de Mac en el rancho? ¿No había estado todo el tiempo casi esperando que su primo apareciera de repente? Pero... ¿hablar con él?

—No puedo hacer eso.

—Voy a decirte lo que Maggie me dijo a mí: no tienes que huir del fantasma de Mac, Jake. Mac te quería. Nos quería a todos. ¿De verdad crees que querría verte solo toda la vida?

—No, seguro que no —suspiró él—. ¿Qué puedo hacer, Sam?

—Tienes que vivir, Jake, tienes que vivir. Yo ahora tengo que irme para traer un niño al mundo... ¿por qué no vas al lago para hablar con Mac?

Capítulo 11

—¿Cómo está Jake?

Donna levantó la cabeza al oír la pregunta de su madre. Era demasiado temprano para tener aquella discusión otra vez. Pero no se le ocurría ninguna manera de escapar.

Su madre siempre se había levantado al amanecer… y como Donna no era capaz de pegar ojo desde que Jake se había marchado, había seguido el aroma de café hasta la cocina. Ahora pensaba que, seguramente, no había sido tan buena idea.

—Supongo que está bien. ¿Por qué?

—No, por nada —contestó su madre, sacando el azucarero del armario—. Sólo preguntaba por preguntar.

—Sí, claro. Déjalo estar, mamá.

—No pienso hacerlo, cariño —respondió su madre—. Si crees que estoy ciega, te equivocas.

—Y si tú crees que pienso hablar contigo del asunto, te equivocas también.

—Cielo, tú sabes lo importante que Eric y tú sois para mí, ¿verdad?

—Claro que lo sé.

—Quiero que los dos seáis felices.

—Por supuesto.

Donna se preparó para lo que llegaría después.

—Pero, ¿sabes lo bien que lo estás pasando?

—Mamá, por favor…

—Cariño, estás enamorada de Jake.

Oh, no. Ella acababa de descubrir eso esa misma noche. ¿Cómo podía saberlo su madre? Debía tener un radar. Sí, siempre lo había tenido.

—Mamá, no puedo estar enamorada de Jake.

—Aaaaaah. Veo que no lo niegas —dijo la astuta Catherine—. ¿Se puede saber por qué no puedes estar enamorada de él?

—Porque a él le gustan las carreras de motos y a mí me gusta tener una casa en un sitio fijo—contestó ella. Era la verdad. La había aceptado a las cinco de la mañana. Estaba enamorada de Jake Lonergan, pero no había nada que hacer. No podía funcionar—. Da igual lo que sienta por él. Somos demasiado diferentes.

—¿Ah, sí?

—Queremos diferentes cosas en la vida.

Catherine le dio un manotazo en el brazo.

—¡Ay! ¿Por qué has hecho eso?

—En serio, Donna, ¿da igual lo que sientas por él? Eso es lo único que importa, hija.

—¿Cómo puedes decir eso? Tengo que pensar en Eric. Tengo que pensar en su futuro, debo protegerlo...

—¿Protegerlo de qué exactamente? ¿Del amor?

—Mamá...

—Cariño, sé de qué tienes miedo. También lo tuve yo cuando me casé con tu padre. Pero si pudieras verte como te he visto yo estas últimas semanas... has vuelto a la vida desde que Jake regresó al pueblo.

Donna saltó de la silla y empezó a pasear por la cocina. Aparentemente, iban a tener aquella charla le gustase o no.

—Cuando veo a Jake, todo despierta dentro de mí, es verdad —admitió—. Pero yo no lo esperaba. No quería esto, mamá. Yo quería a Mac, ¿sabes? Sé que sólo tenía quince años, pero lo quería. Y murió.

—Fue un horrible accidente, cariño. Pero no puedes vivir tu vida pensando siempre en esa tragedia.

—¿Cómo no voy a hacerlo? Era el padre de mi hijo...

—Pero ya no está.

—Y Jake... es un hombre tan arriesgado. Siempre poniendo su vida en peligro. ¡Se dedica a competir en carreras de motos, mamá! Le encanta vivir a tope, el riesgo, el peligro. Si me dejara llevar... si lo quisiera y luego lo perdiese... ¿cómo iba a soportarlo?

Catherine se levantó y puso las manos sobre los hombros de su hija.

—Cariño, si no te permites a ti misma quererlo, ya lo has perdido.

Una hora después, Jake estaba en el risco al que solían ir de pequeños, mirando las aguas tranquilas del lago. Un suave viento parecía susurrar sobre la superficie, haciendo olas.

—Habla con Mac —Jake tuvo que contener una carcajada.

¿Cómo iba a hablar con él? Jake volvió a mirar el agua. ¿Podía hacerlo? ¿Tendría Sam razón? ¿Estaría allí el espíritu de Mac, atrapado por lo que sus primos hicieron tantos años atrás? ¿Habría estado esperando allí quince años para que los tres se reuniesen por

fin? ¿Para que, finalmente, se enfrentaran con aquel día de verano y pudiesen dejar atrás el pasado?

Jake se pasó una mano por los ojos. Se sentía como un idiota. Pero al mismo tiempo tenía una sensación... Aunque Mac no estuviera allí. Aunque se hubiera ido... donde fuera que tenía que irse, donde irían ellos tarde o temprano, se dio cuenta de que había tenido que ir al lago.

Para decirle a su primo lo que sentía. Para admitir por fin todo lo que había llevado a cuestas durante esos años.

—Sam dice que hable contigo —murmuró—. Que así me sentiré mejor.

Dejándose caer sobre la hierba, Jake apoyó la cabeza sobre una rodilla, suspirando.

—No tiene mucho sentido, pero... estoy tan cansado, Mac. Estoy tan cansado de sentirme mal. De recordarte y sentir dolor —entonces arrugó el ceño—. Ni siquiera sé qué decirte. «Lo siento» no parece suficiente, ¿no? Pero, ¿qué otra cosa puedo decir?

Una brisa fresca se levantó entonces, acariciando su cara. Jake sonrió, imaginando que Mac estaba allí. Casi podía sentir su presencia. ¿Sería su imaginación? Claro, por supuesto. Pero era consolador de todas formas.

—Eric es un chico estupendo, Mac. Te sentirías muy orgulloso de él. Pero bueno... supongo que lo vigilas, ¿no? Y si lo haces, si estás pendiente de tu hijo, supongo que sabrás... lo que está pasando entre Donna y yo.

Jake arrugó el ceño mientras cortaba un puñado de hierba.

—La quiero, Mac. La quiero más de lo que nunca he querido a nadie.

Decir eso en voz alta le pareció tan real, tan verdad. Amaba a Donna.

Un estremecimiento de puro terror masculino lo recorrió entonces y tuvo que respirar profundamente para calmarse.

—No sé qué significa eso... para los dos. No sabía que la amase hasta hace un minuto, la verdad. Pero no debería sorprenderme. Incluso cuando éramos niños estaba loco por ella. Tú no lo sabías, pero... bueno, yo no quería que lo supieras, claro. Pero ahora tienes que saberlo. Intenté robártela esa noche, Mac. Esa noche, hace quince años. Pero Donna salió corriendo para reunirse contigo.

Jake tragó saliva, obligándose a sí mismo a pronunciar unas palabras que temía pronunciar:

—Te odié por ello. Te odiaba por estar con Donna. Te odiaba por tener lo que yo tanto deseaba. Pero nunca dejé de quererte. Por muy celoso que estuviera, siempre te quise —Jake volvió a tragar saliva para contener la emoción—. Dios, Mac, cómo te he echado de menos todos estos años. Todos te hemos echado tanto de menos...

Le daba el sol en los ojos, nublando su visión y haciendo que el mundo pareciese un poco borroso, menos claro. Y en un segundo Jake volvió a ver a los cuatro chicos Lonergan como habían sido ese verano: jóvenes, alegres, sin miedo a nada. Los cuatro habían pensado que estarían juntos para siempre.

—Y en cierto modo... siempre estaremos juntos. Tú eres una parte de nosotros, Mac. Ninguno de nosotros te olvidará jamás. Nunca volveremos a alejarnos... a intentar olvidar para no sufrir.

El suspiro del viento le llevó los recuerdos de tantas risas y Jake tuvo que sonreír mientras el pasado se alejaba y el futuro, un futuro nuevo, brillante, le abría los brazos.

Dos días más tarde, Eric entró como una tromba en la cocina.

—Jake se marcha.

Donna soltó la cacerola que estaba secando y el estruendo que hizo al caer en el fregadero hizo eco por toda la habitación. ¿Se iba? ¿Sin decirle adiós?

—¿Se va?

—Cuando termine el verano —contestó Eric, abriendo la puerta de la nevera—. Jeremiah dice que volverá a Long Beach.

Donna dejó escapar un largo suspiro. Luego volvió a tomar la cacerola y terminó de secarla. Entonces estaría allí otra semana más, pensó, recordando que los Lonergan le habían prometido a Jeremiah pasar allí todo el verano.

Una semana. Siete días y Jake se habría ido otra vez. ¿Cómo iba a volver a su vida? Cómo iba a seguir haciendo lo que hacía antes de reencontrarse con Jake?

¿Cómo iba a enfrentarse a un futuro del que Jake no formaría parte?

Donna se obligó a sí misma a sonreír para que Eric no se diera

cuenta de su angustia.

—Sabías que Cooper y Sam se irían después del verano, ¿no? Bueno, ahora Sam se queda, pero ésa es otra cuestión.

—Pero Jake no tiene que irse —protestó su hijo apasionadamente. Tanto que había lágrimas brillando en sus ojos—. Tú podrías pedirle que se quedara.

—¿Qué?

—Yo sé que le gustas, mamá. Me lo ha dicho. Pídele que se quede.

A Donna se le rompió el corazón. Su hijo crecía muy rápido y en poco tiempo también él se habría ido para hacer su vida. Ya estaba dejándola atrás poco a poco, paso a paso. Incluso su madre se alejaba de ella. La noche anterior había aceptado la proposición de Mike y pronto se casaría con él... y se iría a vivir con su nuevo marido.

Todo el mundo salvo ella parecía caminar hacia delante.

Pronto todo el mundo tendría una vida que vivir. Y ella se quedaría allí. En la casa en la que había crecido.

Sola.

Eso no le gustaba nada. No habría más risas en medio de la noche. No habría más besos robados ni suspiros, ni el aliento de Jake en su cuello mientras dormía. No más discusiones seguidas de besos apasionados...

Qué vacío sonaba el futuro para Donna.

Una parte de ella quería hacer lo que Eric le había pedido. Quería ir al rancho de los Lonergan y suplicarle a Jake que se quedara.

Pero, ¿cómo iba a hacer eso? ¿Cómo iba a arriesgarse a perderlo otra vez? A los quince años había estado enamorada como sólo podía estarlo una adolescente y la muerte de Mac casi le había destrozado la vida. Ahora, lo que sentía por Jake era mucho más poderoso, más profundo... si Jake moría, ¿cómo sobreviviría ella?

No.

Mejor permanecer a salvo.

Mejor sola que destrozada.

—No puedo, Eric —dijo por fin, dando un paso hacia él mientras su hijo daba un paso atrás.

Se le encogió el corazón al ver el brillo de furia y desilusión en sus ojos oscuros.

—Querrás decir que no quieres.

—No espero que lo entiendas, Eric –murmuró Donna—. Pero tengo

que hacer lo que creo que es mejor para los dos.
—Pues te equivocas.
—Es posible —admitió ella, sintiendo un dolor en el corazón que se extendía por todo su cuerpo—. Pero ése es el riesgo que se corre cuando se toma una decisión.

Jake respiró profundamente el aire fresco de la noche. El verano estaba a punto de terminar. Y si su vida no hubiera cambiado completamente en las últimas semanas, estaría pensando en marcharse. Pero la sola idea de dejar Coleville hacía que se le encogiera el estómago. Metiendo las manos en los bolsillos del pantalón y levantando los hombros para protegerse contra el frío, se volvió para ver las luces de la casa.
Era tarde, de modo que todo estaba en silencio, pero estaba allí, en medio de la oscuridad, como un faro en medio de la tormenta. Eso era lo que esa casa... su casa, había sido siempre para Jake. Y cómo había echado de menos volver a Coleville, ser capaz de llamar a esa casa su hogar.
Sonriendo, empezó a caminar, sin prestar atención adónde iba. Le gustaba pasear bajo aquel cielo cuajado de estrellas. Había dejado atrás la casa porque necesitaba pensar. Necesitaba decirle adiós a su viejo mundo y hola a lo que esperaba que fuera el próximo capítulo de su vida.
Había pasado los dos últimos días atando los cabos sueltos de su pasado. Horas al teléfono con agentes inmobiliarios y directores de banco, intentando cerrar su negocio en Long Beach para reabrirlo allí, en Coleville. Sonriendo, se dijo a sí mismo que podía crear motocicletas a medida del cliente en cualquier parte. Y en cuanto al refugio y todo lo demás, contrataría a un gerente para que se encargase del trabajo diario e iría a Long Beach de vez en cuando para comprobar que todo funcionaba bien.
Pero, a partir de aquel momento, Coleville sería su hogar.
Había hecho un círculo completo y le gustaba. Se sentía bien.
Sabía que debería hablar con Donna, pero quería tenerlo todo solucionado antes. Quería poder decirle que iba a dejar atrás su antigua vida para construir una nueva. Con ella. Y con Eric.
Y esperaba que ella dijera que sí, claro.
—Un gran riesgo, Jake —murmuró para sí mismo—. Puede que te

mande al infierno. ¿Y entonces qué?

Jake se detuvo, arrugando el ceño. Quizá Donna no estaba interesada en estar con él. Una aventura de verano era una cosa... el día a día otra muy diferente. Incluso a él lo asustaba un poco. ¿Y si había metido la pata? ¿Y si ella le decía que no? ¿Y si la defraudaba a los dos meses? ¿Y si no era capaz de vivir una vida normal, como todos los demás? No quería defraudarla a ella ni a Eric por nada del mundo. Pero... ¿y si él no estaba hecho para esa vida?

¿Y si Donna no lo quería?

Sacudiendo la cabeza, Jake se pasó una mano por la cara, sonrió y volvió a caminar. Había vivido siempre arriesgándose... arriesgando su vida por nada más que un trofeo que llevarse a casa.

Esta vez arriesgaba algo más que el cuello. Era su corazón lo que estaba en peligro. Pero la recompensa era mucho mayor que cualquier premio, que cualquier cheque.

Tampoco le había hablado de sus planes a su familia. Aquello era demasiado importante. Demasiado grande. Tenía que hablar con Donna antes de hacerlo con nadie más.

Desde aquella mañana en el lago, cuando por fin aclaró las cosas con Mac, veía el mundo con otros ojos. Quizá lo veía por primera vez en mucho tiempo.

Cada aliento era una bendición porque no estaba cargado de culpa, de remordimiento. Cada beso del viento era la promesa de un futuro que no habría visto de no haber vuelto a casa otra vez.

En la distancia oyó entonces el ruido de una motocicleta... Jake se detuvo e inclinó a un lado la cabeza para escuchar mejor. El ruido se alejaba, de modo que siguió paseando. Antes de Donna se le habría acelerado la sangre al recordar la velocidad, la emoción. Pero ya no.

Sonriendo, alargó la zancada.

—Mañana le pediré que se case conmigo. Y ésa es emoción suficiente para un hombre.

Donna paseaba por la cocina con el teléfono en la mano, intentando controlar los nervios. Mientras escuchaba la señal de llamada al otro lado, apartó la cortina y miró hacia la calle, dejando escapar un gemido.

¿Dónde estaba Eric?

No lo había visto desde aquella tarde, cuando discutieron sobre

Jake. Había querido dejarlo solo para que pudiese reflexionar. Pero era casi medianoche y no sabía nada de él. Y le entró pánico. Ahora solo podía rezar para que su hijo estuviera a salvo en casa de su amigo Jason...

—¿Dígame? —oyó la voz de una mujer.

—¿Vickie? Soy Donna. Perdona que llame tan tarde, pero... ¿está mi hijo ahí?

—¿Qué? —la otra mujer parecía estar medio dormida—. ¿Eric? No, Eric no está aquí.

Donna apretó los labios, intentando contener los latidos de su corazón.

—¿Estás segura?

—Sí, claro que estoy segura.

—Por favor, ¿podrías mirar en la habitación de Jason? Eric no ha vuelto a casa y estoy muy preocupada.

—No está aquí, en serio. Jason está en casa de mi madre esta noche.

—Dios mío... —Donna se apartó el pelo de la cara, intentando contener el deseo de ponerse a gritar. ¿Dónde podía estar su hijo? ¿Con Jake? ¿Habría ido hasta el rancho Lonergan solo, en su bicicleta en medio de la noche? Pero si estuviera allí, Jake la habría llamado, ¿no?

Y si no estaba allí, ¿dónde podía estar?

—Donna, no te preocupes —intentó consolarla Vickie, aunque el temblor en su voz le decía claramente que acababa de ponerse en su lugar—. Seguro que está perfectamente. Ya sabes cómo son los chicos. ¿Qué podría pasarle en Coleville?

—Sí, es verdad, es verdad —asintió ella, decidida a no perder los nervios. Eso no serviría de nada—. Estará bien. Seguro que estaba jugando y no se ha dado cuenta de la hora que es...

Eric jamás llegaba tarde a casa sin avisar. Eric jamás hacía que se preocupase tontamente.

«Dios mío, ¿dónde estará?».

Entonces oyó una señal de llamada.

—Tengo que colgar, Vickie. Me están llamando por la otra línea. Seguramente será él...

—Sí, sí, tú tranquila.

Donna pulsó el botón de llamada en espera, con el corazón en la

garganta.

—¿Eric?

—¿Señora Barrett? —oyó entonces una voz masculina.

—Sí, soy yo.

—Llamo de la Patrulla de Tráfico.

Sin soltar el auricular, Donna fue deslizándose por la pared hasta llegar al suelo.

Capítulo 12

El hospital de St. Charles estaba entre Coleville y San José. Con el corazón acelerado, los nervios a flor de piel, Jake hizo un recorrido de quince minutos en siete. Pero, por primera vez en su vida, no era la velocidad lo que lo entusiasmaba. Ni siquiera iba pensando en ello.

Dejó la furgoneta de Sam en el aparcamiento del hospital y corrió hacia la puerta de Urgencias, mirando las caras de la gente que estaba en la sala de espera. Las paredes estaban pintadas de verde y había una televisión en una esquina… que nadie miraba. El aire olía a desinfectante y a pánico.

Cómo odiaba los hospitales.

La madre de Donna se levantó de la silla al verlo.

—Jake! Cuánto me alegro de que hayas venido.

—Gracias por llamarme. ¿Cómo está?

—Bien, bien —contestó Catherine—. Bueno, se pondrá bien.

—Gracias a Dios —suspiró Jake—¿Y Donna?

—Está con él. No dejan que entre nadie más.

—A mí me dejarán entrar —dijo él, convencido.

—Ella no sabe que te he llamado.

Jake se obligó a sí mismo a sonreír. Le habría gustado que fuese Donna quien lo llamara para estar con él en aquel momento. Le habría gustado llegar el primero para compartir su angustia por Eric. Le habría gustado… muchas cosas, pero la vida era lo que era. Además, lo único importante era que Eric estaba bien y que él estaba allí para acompañar a Donna.

—No pasa nada. Me alegro de que me haya llamado.

Catherine sonrió y apretó la mano del hombre que iba con ella mientras Jake entraba en la consulta de Urgencias sin prestar atención a los gritos de una enfermera. La mujer echó un vistazo a su expresión decidida y le hizo un gesto con la mano… evidentemente, no serviría de nada detenerlo, parecía pensar.

Sus botas aporreaban el suelo de linóleo del pasillo mientras miraba a un lado y a otro hasta que por fin la encontró. Donna estaba sola, doblada sobre una silla.

—¿Donna?

Ella levantó la mirada y corrió hacia él. Jake abrió los brazos para recibirla y la envolvió en ellos.

—Tranquila, tranquila —le dijo al oído, pasándole las manos por la espalda—. Todo está bien, se va a poner bien.

Ella asintió con la cabeza, sin levantar la mirada, sin apartarse, como si necesitara protección. Y Jake sentía lo mismo.

—¿Dónde está?

—En rayos X —contestó ella con voz ronca—. Pero el médico ha dicho que sólo es una costilla magullada y una pierna rota.

Jake dejó escapar un suspiro de alivio.

—Menos mal. Esa es una noticia estupenda.

—Gracias a Dios te robó el casco junto con la moto.

—Jake apretó los labios. Se sentía culpable. Estaba acostumbrado a ese sentimiento, pero aquella vez era mucho peor. Si no hubiera dejado las llaves puestas en la moto... Eric jamás habría podido arrancarla. Y si no hubiera ido a dar un largo paseo lo habría oído sacarla del establo. Y si no hubiera ido a Coleville en absoluto, aquello no habría ocurrido.

—Jake, qué miedo he pasado.

—Lo sé—murmuró él—. Yo también estaba asustado.

Respirando profundamente, Donna lo apretó con fuerza. Llevaba veinte minutos allí, sola, sentada en aquella silla con el corazón encogido...

Cuando supo por la policía que Eric había robado la moto de Jake se quedó helada. El nunca había hecho algo así en toda su vida. Y pensar en lo que podría haber pasado... si no hubiera llevado el casco de Jake, si hubiera chocado contra un coche... si hubiera muerto.

—Iba en tu moto —dijo entonces, con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo sé, me lo dijo tu madre. Debió sacarla del establo cuando yo estaba dando un paseo.

—Si no le hubieras dejado trabajar contigo en esa estúpida moto... si no le hubieras hablado de esas carreras en las que participas... —Donna apretó los puños y lo golpeó en el pecho. Pero se dio cuenta de que Jake no cambiaba de expresión. Había preocupación en sus ojos y algo más, algo más profundo, más cálido.

Pero el miedo, la angustia, la impedían actuar con cordura.

—¡Maldita sea, Jake, sólo es un niño! No debería haberse acercado a esa moto. No debería haber intentado conducirla. Podría haberse...

No terminó la frase, demasiado angustiada como para decirlo en voz alta.

—Tiene catorce años, Donna —murmuró Jake—. Tú sabes cómo son los chicos a esa edad. Hacen tonterías, se arriesgan absurdamente... es parte de hacerse mayor.

—¿Robar motos es parte de hacerse mayor?

—No he dicho que esté bien, he dicho que es lo que pasa —contestó él—. Pero lo entiendo. Y lo importante es que está bien, cariño.

—No, lo importante es que podría haberlo perdido esta noche.

—Pero no ha sido así. No lo hemos perdido.

—No puedo soportar esto, Jake —dijo Donna en voz baja—. Si algo le pasara a mi hijo...

—Pero está bien. Está vivo, no tiene más que una pierna rota —insistió él, tomando su cara entre las manos—. Y yo estoy aquí, contigo. No estás sola. No estamos solos.

—He estado sola tanto tiempo...

—Lo sé, cariño —susurró Jake—. Y lo has hecho muy bien. Pero ya no estás sola. Siento mucho haber dejado la llave en la moto. Te juro que lo siento con toda el alma. Si no hubiera...

Donna vio el dolor en sus ojos y se sintió como una miserable. Y supo que, por primera vez en su vida, otra persona sentía lo mismo que sentía ella. Pero le llegaba su fuerza, su consuelo. Sintió el amor en el roce de sus manos y supo que no podría vivir sin él.

Llevaba tanto tiempo sola que era maravilloso tenerlo a su lado. Saber que quería a Eric, que compartía su miedo y su alivio...

Y entonces, de pronto, la furia desapareció.

—Lo siento, Jake. Lo siento, no ha sido culpa tuya en absoluto. Lo sé, pero es que...

—No sigas, Donna —la interrumpió él, besando su frente—. Yo también lo siento. Me siento responsable por Eric...

—Abrázame, por favor. No me sueltes.

—No pienso hacerlo.

Se quedaron así mucho tiempo, apartados del resto del hospital, del resto del mundo. Juntos esperaron y cuando volvió el médico se volvieron a la vez para escuchar las noticias.

—Señora Barrett?

—Sí, soy yo.

—Eric está bastante bien —sonrió el cansado doctor—. Pero quiero que se quede aquí esta noche como precaución. A pesar del casco que llevaba tiene una ligera conmoción...

—Pero está bien —insistió Jake.
—Sí, sí, podrán llevárselo a casa mañana.
—Gracias —susurró Donna.
—¿Podemos ver al chico?
—Sí, claro —contestó el doctor—. Hablen con la enfermera de la puerta. Estamos buscándole una habitación en planta, pero ella les dirá dónde lo han llevado.

Eric parecía un niño tumbado en la cama del hospital. Su pelo oscuro estaba apartado de la frente y una venda cubría su ceja derecha. Llevaba una escayola en la pierna izquierda, casi hasta el muslo, y le habían colocado una manta eléctrica de color verde sobre la sábana.
Donna se apartó de Jake y se inclinó para besar a su hijo de la cabeza a los pies.
—Estaba tan preocupada, cariño mío...
—Lo siento mucho, mamá —se disculpó Eric, avergonzado—. Y siento mucho lo de tu moto, Jake.
—No te preocupes por eso. La moto no importa. Lo único importante es que tú estás bien. Aunque tendremos una larga charla sobre el asunto cuando salgas del hospital.
—Lo sé —murmuró el chico, medio dormido por la medicación—. Lo siento mucho.
Eric cerró los ojos y, poco a poco, se quedó dormido. Donna miró a Jake, con una sonrisa en los labios.
—No quiero dejarle solo.
—Hay montones de médicos y enfermeras cuidando de él.
—Sí, pero...
—Venga —dijo Jake, tirando de su mano—. Eric no despertará hasta mañana y tú necesitas un poco de aire fresco. Volveremos a verlo dentro de un rato.
Donna asintió con la cabeza, pero alargó la mano para acariciar el pelo de su hijo una última vez antes de salir de la habitación.
Luego tendrían que hablar con su madre para darle la noticia, pero Jake quería estar un momento a solas con ella.
La luz de la luna se colaba entre los árboles mientras la guiaba hacia un banco de piedra en el solitario aparcamiento. Donna había salido de casa sin chaqueta, de modo que se quitó la suya y se la pasó

por los hombros.
Y luego la miró. Miró a la mujer que había cambiado su vida y se sintió... bendecido. Esa noche había estado a punto de perder lo que más le importaba en el mundo. El miedo por Eric, la angustia por Donna... si no hubiera tomado una decisión antes del accidente, lo habría hecho en ese momento.
Nunca podría dejarla. Aunque tuviese que ir al otro lado del mundo, siempre pensaría en ella. Y en Eric. Permanecería despierto por las noches, preguntándose si estaban bien, si lo necesitaban, si lo echaban de menos.
Y sabía que no conocería la paz en su vida sin tener a los dos a su lado.
—Jake...
—Donna...
—Dime —sonrió él.
—Sólo quería darte las gracias por estar aquí, conmigo. De verdad necesitaba a alguien... no, eso no es verdad. Te necesitaba a ti.
—Me alegro de oírlo —dijo Jake, clavando una rodilla en el suelo.
—¿Qué haces?
—Me alegro de oírlo porque eso es lo que yo siento por ti.
—¿Qué quieres decir? —preguntó Donna.
—Que te quiero —contestó él, mirándola a los ojos—. Que te he querido siempre.
Ella tragó aire, como si no le llegase del todo a los pulmones.
—Si lo dices por el accidente...
—No, no es por eso —la interrumpió Jake—. He vivido con sentimiento de culpa durante quince años y sé lo que es. Aunque he logrado librarme de él, por fin. Pero no me imagino la vida sin ti y sin Eric.
—Jake...
—Deja que diga esto, por favor. Luego podrás decidir.
Ella asintió con la cabeza.
—Muy bien.
—Quiero que te cases conmigo. Donna abrió la boca, atónita.
—¿Qué?
Jake enredó los dedos entre los suyos, tragando saliva.
—Quiero ayudarte a criar a Eric. Quiero que tengamos más hijos y que los veamos crecer...juntos.

Sabía que aquél era el mayor riesgo de su vida. Pero nunca había deseado algo con tal pasión. Tenía que hacerle ver lo importante que era para él. Lo felices que podrían ser juntos.

—Quiero abrazarte en medio de la noche. Quiero estar ahí para enjugar tus lágrimas cuando estés triste. Quiero verte reír, quiero ser yo al primero que llames cuando te pase algo. Quiero ser el amor de tu vida.

Donna se echó un poco hacia atrás por el impacto de esa declaración. Pero no era sólo por sus palabras, sino por lo que veía en sus ojos. Sentía ese amor dándole fuerzas y supo entonces que todo iba a salir bien. Que no iba a vivir sola el resto de su vida porque tenía el amor de aquel hombre.

Qué tonta había sido al decirle a su madre que no quería arriesgarse. Pero aquella noche había aprendido la lección.

Había tenido catorce años de amor con su hijo y si lo hubiera perdido esa noche, aunque Dios había querido que no fuera así, seguiría teniendo esos catorce años. Y no los habría cambiado por nada del mundo. Si no hubiese tenido a Eric, no habría sabido lo que era el terror, el angustioso, inexplicable terror de perderlo. Pero se habría perdido el amor de su hijo. La seguridad no era algo tan fundamental en la vida de una persona. No valía nada comparado con el amor.

Amar era un riesgo, desde luego. Pero era el único riesgo que merecía la pena.

—Donna, di algo, por favor.

Ella sonrió.

—¿Qué pasa con Don Peligroso? ¿Con el hombre que viaja por todo el mundo? ¿Con las carreras de motos?

Jake negó con la cabeza.

—Eso se ha terminado. A partir de ahora cuando viaje por el mundo lo haré con mi esposa y mi familia. En cuanto a Don Peligroso... cariño, la adrenalina de vivir contigo será suficiente.

El corazón de Donna dio un salto dentro de su pecho.

—¿Y tu negocio? ¿Tu vida en Long Beach?

—Todo está solucionado —contestó él—. Voy a traer el negocio aquí.

—¿Aquí, a Coleville?

—Sí, hoy he terminado de solventar los últimos detalles.

Donna levantó una ceja.

—Veo que estabas muy seguro de ti mismo.

—No —sonrió Jake—. Pero tenía esperanzas.

—Yo también tengo esperanzas —murmuró ella, apretando su mano —. Te quiero, Jake. Te quiero muchísimo.

—¿Eso es un sí?

—Claro que es un sí —respondió Donna—. Sí, me casaré contigo. Y tendré hijos contigo. Y te querré durante el resto de mi vida.

Jake la abrazó, apretándola como si fuera un tesoro, el más preciado del mundo para él. Y cuando por fin se apartó lo suficiente como para mirarla a los ojos, le dijo:

—Te quiero, Donna Barrett. Y te juro que vamos a tener una vida maravillosa juntos.

Luego la besó, para empezar el futuro con buen pie.

Epílogo

El aire contenía los últimos suspiros del verano. El cielo, a pesar de estar cubierto de nubes, dejaba pasar algunos rayos de sol, que iluminaban las tumbas del pequeño cementerio.

Sam, Cooper y Jake Lonergan estaban frente a una lápida, los tres en silencio leyendo las palabras inscritas en el mármol.

Mac Lonergan.
Se nos fue demasiado pronto
El dolor llegó rápido, afilado... pero tardó en irse.

—No puedo creer que hayamos tardado quince años en venir —murmuró Jake, mirando a sus primos.

Cooper se pasó una mano por el pelo, movido por el viento.

—A lo mejor teníamos que venir juntos.

Sam se inclinó para apartar unas hojas de la lápida, acariciando la piedra con los dedos durante unos segundos.

—No creo que a Mac le haya importado los años que hemos tardado en venir —dijo en voz baja—. Lo que importa es que estamos aquí.

—Juntos —murmuró Jake, mirando el cielo—. Sam tiene razón. A Mac sólo le importará que hayamos venido. Que por fin hayamos venido para decirle adiós. Y para prometer que nunca más tardaremos tanto tiempo en reunirnos.

El viento movía las ramas de los cipreses mientras los tres primos, en un semicírculo alrededor de la lápida bajo la que yacía su pasado, asentían con la cabeza. Y en el silencio, cada uno, a su manera, por fin se despidió de Mac.

Fin.